

# REVISTA EUROPEA.

NÚM. 318.

5 DE JUNIO DE 1880.

AÑO VII.

## EL PODER DE INGLATERRA.

La desatentada política que en el exterior planteó y desarrolló en los últimos seis años el partido conservador británico, dirigido por el antiguo novelista Disraeli, hoy Lord Beaconsfield, después de llevar la alarma al espíritu de todos los liberales ingleses y aun de aquel grupo indiferente que, bajo la administración Gladstone, vió disminuidos los impuestos, en sobrantes el Tesoro y sereno el horizonte de la Gran Bretaña, ha venido á poner sobre el tapete el problema del poderío actual y del porvenir probable de esa soberbia Nación que, á partir del tratado de Utrecht aparece á la cabeza del movimiento político europeo.

La generacion presente, ya por dos veces ha visto poner en tela de juicio esa grandeza. La terrible crisis de la India en 1857 y la no ménos alarmante de los fenianos en 1866 han sido los pretextos, como para las generaciones anteriores lo fueron el bloqueo continental del período napoleónico con que se inaugura el siglo XIX y la gran reforma político-social del 26 al 36, cuyos últimos ecos hemos percibido en 1838 y 70.—Ahora de nuevo comienza el debate al contemplar á Inglaterra comprometida en Asia con el Afghanistan, en Africa con los zulús y los boers de Natal y en Europa con rusos, turcos, austriacos y alemanes, en la aplazada cuestion de Oriente.

Al tomar hoy la pluma con que trazo estos renglones, no pretendo ni remotamente discutir el problema. Mi propósito es modestísimo y lo recomiendo á la paciencia, más que á otra virtud, del que estas líneas leyere. Soy adversario decidido del partido conservador británico; y creo, sin embargo, en la victoria de Inglaterra sobre todas las dificultades presentes (1). Y no solo lo creo sino que lo deseo con toda mi alma, porque entiendo, contra lo que algunos radicales españoles (pocos por fortuna) sostienen en estos dias, que la declinacion y ruina de Inglaterra implicaria un gran retroceso para la libertad política, que en ella tiene quizá su primer y más valioso de-

(1) Este artículo se escribió mucho antes del reciente triunfo de Mr. Gladstone.

fensor. Pero no intento discurrir sobre estos puntos.

Mi pensamiento se reduce á tomar de los muchos apuntes que mis modestos estudios políticos han hecho y hacen necesarios, aquellos datos, suficientes para que el lector (dedicado á otros asuntos y que por tanto no puede registrar los libros, revistas y periódicos de donde tienen que sacarse aquellas notas) pueda formarse una idea aproximada del valor actual de la Gran Bretaña. Por de contado que los datos no son todos del año mismo que corre: esto es punto ménos que imposible; pero como se verá, todos se refieren al período de los cinco ó seis años últimos, únicos que me ha sido dado estudiar.

La tarea es poco lucida: mucha estadística, mucho número, mucha comparacion... Poca historia, pocas digresiones, poco razonamiento y nada, absolutamente nada de poesía. Pero así y todo, tengo por útil este trabajo, en el cual mi mérito se reduce al de mero anotador.

No me recomiendo, pues, á la admiracion del mundo.

### I.

Para principiar, como es debido, importa traer á la memoria que el Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda ocupa en Europa un área de 313.566 kilómetros cuadrados (1) en los que viven sobre 31.628.338 almas (2) que sostienen su bandera en todas las partes del mundo y sobre todas las razas conocidas, dominando una extension de 4.677.432 millas inglesas cuadradas y una poblacion total (incluyendo la de la Metrópoli) de 199.817.108 individuos. Por tanto, su imperio abarca la cuadragésima parte de la tierra (3) y la quinta de

(1) Esto es, 121.115 millas inglesas ó sea la tercera parte del área de los Estados-Unidos, casi la mitad de las de Francia y Alemania y bastante ménos que España.

(2) Es decir, el doble que España; 7 millones ménos que los Estados-Unidos;  $\frac{1}{2}$  que Francia y Austria y  $\frac{1}{2}$  que Alemania. Véase *The Statesman's Year Book for 1878* by F. Martin.

El crecimiento de la poblacion es de 8,8 por 100 anual.

La densidad de poblacion solo tiene superior en Bélgica, donde es de 469 almas por milla cuadrada. En Inglaterra es de 265. Detrás vienen Italia con 238, Alemania con 201, Holanda con 185 y Francia con 175. España solo 90.

(3) Véase *Bevan.—Modern Geography*. Supone un área total de 196.663.000 millas cuadradas.

la población del mundo (1), ocupando en el primer concepto el segundo lugar (detrás de China que tiene 425 millones de habitantes) entre los grandes imperios de la Edad presente y en el segundo concepto, también el sitio segundo, detrás de Rusia, que abarca 8.404.767 millas inglesas.

En 1876 el comercio del Reino Unido se elevaba á 631.931.305 libras esterlinas (muy cerca de 63.000 millones de reales), de los cuales bastante más de la mitad (375 millones) representaban la importación de todo género, y 56 la exportación de productos extranjeros y coloniales (2). Estas cifras, comparadas con las de 1870 á 1873 inclusive (es decir, el período crítico de las grandes reformas políticas y sociales y de la activa administración Gladstone, sustituida en 1874 por la conservadora), acusan una baja un tanto considerable. En 1871 el total de las importaciones y exportaciones había llegado á 614.590.000 libras, en 1872 á 669 millones, á 682 en 1873, y á 667 en 1874. Desde entonces se inicia la baja, que el año 1876 representa una diferencia respecto de 1873 de 50 millones. De todos modos, en aquella fecha (1876) el movimiento mercantil del Reino Unido viene á ser de 19 libras por cabeza (3). La navegación era sostenida por 20.349 barcos (con 198.638 marineros) de 5.996.152 toneladas, cifra la mayor conocida (cinco veces más que Francia y casi tanto como Francia, Italia, Noruega y Alemania), pues que si bien los Estados Unidos abanderaban un número mayor de buques (31.684), el arcaje de estos no pasaba de 4  $\frac{1}{2}$  millones de toneladas.—La industria textil en 1874 sostenía 7.284 fábricas con más de un millón de obreros (de ellos 611.641 mujeres y niños), y un número tal de husos que en 1870,

(1) Acepto la evaluación superior, ó sea la de 930 millones. Otros han calculado la población total de la tierra en 640 millones, y otros en 736. En el caso de los 930, se atribuyen 534 al Asia, 222 á Europa, 106 al Africa, 38 á América y 50 á Oceanía. Véase *Bouillet, Dict. des Sciences, etc.*, etc.

(2) Los derechos de aduanas desde 1845 se pagan solo por importación, y los aranceles reducidos en 1841 (en cuya fecha se referían á 1.200 artículos), hoy gravan solo 40 géneros, entre ellos el azúcar, el té, aguardientes, vinos, café, granos, tabaco, pimienta y uvas, sin distinción de procedencia ni bandera, y por tanto sobre los productos coloniales lo mismo que sobre los extranjeros.

(3) Los seis principales artículos de importación son los siguientes: trigo y harina, algodón, lana, azúcar, madera y té. Las exportaciones de tejidos de algodón, ropa de lana, hierro y acero, carbon, maquinaria y ropa de hilo. La importación del trigo ha subido desde 17 libras (de peso) por cabeza en 1846 á 167 en 1876.

según Block (1), representaba por sí solo  $\frac{3}{5}$  más (sobre 39 millones) que las de Francia, Estados Unidos, Austria, Rusia, Suiza, España, Prusia, Sajonia, Baviera, Italia y Wurtemberg reunidas.

La exportación del algodón, la lana y el lino manufacturados sube en 1876 á 97 millones de esterlinas. El hierro producido por las minas pasa en el mismo año de 23 millones de toneladas (su valor, 23 millones de libras est.), y la exportación del hierro manufacturado y el acero sube á cerca de 21 millones de esterlinas. El año 69 la Gran Bretaña sola produjo 45.239.000 quintales de hierro colado, mientras todo el resto de Europa no pasó de 53 millones. La producción del carbon en 1876 llegó en el Reino Unido á 133.344.766 toneladas (solo en Inglaterra, propiamente dicha, más de 100) ó sea cuatro toneladas y pico por habitante, cifra que excede á la de todo el resto del mundo productor de este mineral. Su exportación alcanzó la cifra de 9 millones de toneladas (dos y pico con destino á Francia, uno á Alemania y el resto repartido entre 40 pueblos ó comarcas); de modo que el consumo nacional sube á la enorme cifra de 124 millones de toneladas.—El número de edificios, mejor dicho de casas habitadas en todo el Reino Unido excede de 5.656.500; el de acres (2) apropiados es de 72.119.882 (las  $\frac{15}{14}$  partes del área total del Reino); el de propietarios 1.173.824 (de ellos sobre la tercera parte dueños de un acre); de modo que la proporción de los propietarios y la población es de 1 á 24, y el término medio de la renta de la tierra una libra por acre (3).

(1) *L'Europe politique et sociale*, pág. 99. En 1874 el número de *broches* pasaba ya de 51.000.

Según Mr. Block, en su *Traité theorique et pratique de Statistique* (1878), Inglaterra ha importado por término medio de 1871 á 1876 sobre 21.900.000 quintales métricos de trigo y 13 millones de harina, la mitad por lo ménos de lo que consume; cosa que no deja tranquilo al cronista francés. El mismo da estas cifras: Francia el 51 por 100 de las tierras arables, el 9'8 prados; el 4'3 viñas; el 17'7 bosques... Inglaterra: 30'5,—31'5,—5... Alemania: 48'6—17'7—1—26'1...

La producción de trigo (que sube á 610 millones de hectólitros en el mundo), es de 110 en Francia (único país no importador), de 97 en los Estados Unidos, de 100 en Rusia, de 60 en España, 51 en Italia, 49 en Alemania, 41 en Inglaterra, y 33 en Austria-Hungría. Indudablemente Francia es el primer país agrícola. (Véase Block.—*Statistique de la France, etc.*, 1875.—Los más ganaderos Servia, Dinamarca, Estados Unidos, Inglaterra, España, Noruega, Rusia, Austria, Francia, etc.

(2) Un acre inglés tiene 40'46 áreas.

(3) Las diferencias entre Inglaterra, Escocia é Irlanda son notables. La renta en la primera es de 3 libras por acre, en la segunda de 19 chelines y 5 dineros; en Irlanda de 13 chelines 4 dineros. Los propietarios son en Inglaterra 1 por 20 habitantes, en Escocia 1 por 25, en Irlanda 1 por 79.

Las vías férreas, inauguradas en 1825, tenían en 1877 de longitud 16.872 millas, que fueron recorridas el año anterior por 538.682.000 viajeros (1). Los hilos telegráficos tenían de extensión 40.398 millas, y sirvieron para comunicar dentro del Reino 26½ millones de partes. El correo, en cambio, condujo 1.019 millones de cartas y 297 millones de periódicos y libros (2).

II.

La renta territorial, estimada en 1876 para la imposición del *income tax* (incluyendo las rentas exceptuadas por un escaso valor) es de 164.816.000 libras. Los productos del cultivo son apreciados en 66.806.000: las rentas provenientes de la industria y el comercio (señaladamente de las 35.019 compañías mercantiles) en 272.630.000; los sueldos de empresas y establecimientos públicos en 34.044.000, y por último, las rentas de fondos públicos en 41.765.000. En suma: 579.297.000 libras (más de 5.700 millones de reales), de las que quedaron exceptuadas del impuesto 75.621.000, produciendo (á razón de 2 din. por libra) unos 4.032.000 esterlinos (3).

El presupuesto general del Estado subía en 1876-77 á 78.565.036 libras esterlinas (esto es, sobre unos 7.630 millones de reales) y el de ingresos á 78.125.227 (unos 7.580 millones de

reales) (1), de modo que el ejercicio se cerraba con sobrantes de ordinario mucho más de lo calculado, lo cual, en Inglaterra determina por parte del Gobierno, insistente rebaja ó reforma en los impuestos (2), al punto de que en el

gastos. Entre estos figuraban el socorro á pobres (10 millones y pico de esterlinas), las escuelas (sobre 2 millones), la policía (otros 5 millones), los cementerios, la sanidad, y sobre todo los caminos y obras públicas, que son atendidos con unos 5 millones de libras.

Sobre este particular pueden verse FISCO y VAN DER STRAETEN, *Instituciones é impuestos locales del Reino Unido*, etc. (Traducido por F. del Villar y D. M. Rayon.)—P. LEROY DE BEAULIEU.—*L'Administration local en France et en Angleterre*, Paris, 1876.—I. PALGRAVE, *The local taxation of Great Britain and Ireland*, London, 1871.

(1) El presupuesto francés de gastos (para 37 millones de habitantes), es de 106.691.868 libras esterlinas; el de Austria-Hungría, 75.610.527 para 56 millones de almas; el de Alemania, 27.050.625, amén de los presupuestos parciales de Prusia, Baviera, Sajonia, etc., etc., que sube á más de 56½ millones; un total de cerca de 84 millones de esterlinas para 42.727.360 habitantes; el de Italia, 56.915.096 libras para 27.769.475 almas, y, en fin, el de Rusia, 81.252.857 para una población de 85.685.945 individuos.—Por decontado que en el presupuesto inglés no se incluye el de las Colonias. El de la India solo sube á cerca de 54 millones de esterlinas.

Reunidos todos los presupuestos del Imperio británico, arrojan un gasto de 202.415.825 libras (esto es, 19.633 millones de reales), divididos de este modo.

Europa.....	122.648.940
Asia.....	55.370.004
Australia.....	15.058.171
América.....	6.797.502
Africa.....	2.541.208

(2) La base del presupuesto de ingresos de 1876-7, la constituyen los siguientes impuestos y contribuciones: consumos (27.736.000 libras), aduanas (19.922.000), timbre (10.890.000), correos (6 millones), *income tax* ó impuesto sobre la renta (5.280.000), contribucion territorial ó land tax (2½ millones), telégrafos (1.505.000), etc.

El *income tax* abarca cinco clases de rentas: la territorial, la del cultivo, las del Estado, las del comercio y profesiones y las provenientes de empleos asalariados.

El *income tax* es dependiente de la contribucion puramente territorial, la cual sube á poco. Sobre la tierra pesan principalmente las contribuciones locales.

Puede verse sobre este particular el libro de Mr. Esquiros de Parieu, titulado *Histoire des impots generaux sur la proprieté et le revenu*. Asimismo merecen ser consultados Pastor (Luis M.): *El presupuesto de la Gran Bretaña*. J. Noble: *National Finance*, y los *Anuarios*, inglés de Mr. Martin, y francés de Mrs. Garnier y Block.

Los gastos generales del Reino Unido se comprenden en tres grupos: la deuda (deuda consolidada perpétua y amortizable, y deuda flotante) que representa en el presupuesto unos 27.700.000 libras; fondos consolidados, que comprenden principalmente las atenciones de la lista civil (406.709 libras), las pensiones á empleados (516.500) y los tribunales de justicia (631.791), y por último, los servicios públicos (481½ millones), entre los que figuran el ejército de tierra (unos 151½ millones), a marina (1.564.385), la administracion civil (15.333.851), los correos (5 y pico millones), etc., etc.

Puede leerse con fruto, por su exactitud y su sencillez, el artículo que á estos particulares dedica Sir Stafford Northcote en el *Dictionnaire general de la Politique*, de Mr. Maurice Block.

(1) Segun *L'Economiste Francaise* (Marzo del 78), el total de las millas de ferro-carril del mundo es de 184.002. En Europa son 89.430: de ellas 17.181 pertenecen á Alemania, 16.794 á Inglaterra, 13.492 á Francia, 11.555 á Rusia, 10.852 á Austria y 4.815 á Italia. En América son 83.420, de ellas 74.095 en los Estados- Unidos. El capital invertido en todas estas líneas 3.262.700.000 libras.

Unidas todas las líneas de América, la India, etc., etc., dan al Imperio británico unas 30.419 millas de rail-ways. En los Estados- Unidos las líneas férreas recorren 75.000 millas; en Europa de 13.000 abajo, figurando por este orden las Naciones: Alemania, Rusia, Francia, Austria, Italia, etc., etc.

(2) Las líneas telegráficas de los Estados- Unidos recorren setenta y cinco mil y pico millas. Las líneas de todo el Imperio británico exceden esta cifra: son 85.500 millas. En Europa, Rusia ofrece 31.000, Francia 25.500 y Alemania 19.000. Me valgo de números redondos, como en otras muchas notas.

El país que más telégramas expide es Suiza, 1.030 por cada 1.000 habitantes. Despues Inglaterra, 661; Paises-Bajos, 654; Bélgica, 558; Dinamarca, 511. Alemania y Francia ocupan el undécimo y duodécimo puesto con 304 y 223 respectivamente. España el 21 con 76.

En cambio en el movimiento de cartas el primer puesto es de Inglaterra, 31.551 por 1.000 habitantes. Despues Suiza, 25.470; Alemania, 15.675; Bélgica, Paises Bajos, Wurtemberg, Baviera, Austria y Francia, 9.556. En España, 4.355, más que en Hungría, Italia, Suecia y Noruega.

(3) Véase *Pall Mall Gazette* 4 de Abril de 1878. — El presupuesto de atenciones locales arrojaba hace cuatro años (1873-4) sobre 45.535.815 libras de ingresos y 44.523.720 de

ejercicio de 1874-75 fueron reducidos en 5 millones de libras (475 de reales) los derechos sobre el azúcar y los caballos, el *income tax* (sobre la renta) y la contribucion imperial. La deuda, nacida con la revolucion de 1688, subia en Marzo de 1877 á 775.873.719 libras esterlinas, esto es, unos 74.260 millones de reales, que daban una renta de 27.700.000 libras, ó sea muy cerca de 2.700 millones de reales al año, casi el presupuesto total de España. Y es de advertir que en esta deuda se comprende el capital desembolsado en 1876 (4 millones de libras) para la adquisicion de las acciones del istmo de Suez, que el virey de Egipto poseia. De esta suerte se aumentó la deuda no consolidada, que el año 75 no pasaba de 5.240.000 libras. Por lo demás, la deuda inglesa ha venido bajando considerablemente desde principios del siglo. Subia á 15.700.000 libras en la época de la revolucion (en 1689); en la de Jorge II, con la guerra continental, subió á 138; en la de Jorge III, con la guerra de América, llegó á 239 millones. La de Francia la hizo subir de tal suerte, que en 1817 figuraba por cerca de 841 millones. En sesenta años (hasta 1877) bajó 65 millones.

No ha sucedido lo mismo con el presupuesto general. Por ejemplo, hace quince años, en 1863, el presupuesto de gastos acusaba 70.108.000 libras; el de 1868-9, incluyendo los gastos de la expedicion de Abisinia (5.600.000), subió á 71.287.000. El de 1873, comprensivo de la indemnizacion del *Alabama* (3.200.000), llegó á 75.511.815, y el de 1877 ya se ha visto que pasó de 78 millones. Sin embargo de este aumento, nadie saca armas contra el progreso británico. Si acaso, lo utilizan los partidos liberales para hacer notar que precisamente los Gobiernos conservadores son los que han iniciado las subidas del presupuesto de gastos en estos últimos tiempos, fuera de circunstancias y atenciones extraordinarias. El presupuesto que dejó el partido liberal (el Conde Russell) en 1866, fué de 67 y pico millones; los conservadores lo dejaron en 1868 en 71. De la propia suerte, la administracion Gladstone se despidió del poder, despues de haber ocurrido á las gravísimas atenciones de Abisinia y del *Alabama*, con un presupuesto de 75½ millones en 1874. En 74½ millones lo fijó la administracion Disraeli al año siguiente, en 76, cerca de 77, en el inmediato, y en el año que le sucedió, en 78.901.000.

Pero de todos modos, ese progreso no es un dato para que los ojos se nublen, se acon-

goje el espíritu y se escuche la voz que se duele del malestar de Inglaterra. Eso lo que prueba es que la vida inglesa es más amplia, que el Estado necesita atender á más. Para argüir de otro modo, seria necesario saber tambien que los presupuestos se saldan con déficit, que las contribuciones se pagan con dificultad, que esas mismas contribuciones aumentan en número y en importancia, y, en fin, que la vida fabril y el movimiento comercial se paraliza.

Que el presupuesto del Estado sea mayor, siendo mayor la riqueza del país, ¡á quién debe maravillarse! Y en Inglaterra sucede precisamente todo lo contrario de lo que seria necesario que sucediese para venir á la afirmacion de que el aumento del presupuesto es sintoma de malestar. ¡Cómo, si la proporcion de los gastos con la poblacion ha disminuido! En 1863, el tipo era de 2 libras, 8 sh. 11 dineros por cabeza; en la administracion de Gladstone (1868-74), por término medio fué de 2 libras 5 sh. En 1877, es de 2 con 7 sh. 2 d. De modo que en realidad hoy cada inglés gasta ménos, por más que la suma total de los gastos del Estado excedan en 8 millones y pico de esterlinas á los de 1863 (1). Y esto dejando aparte todo lo dicho respecto de la disminucion considerable de la deuda, de los sobrantes, de la reforma y reduccion de los impuestos, y del desarrollo de la industria y del comercio; y prescindiendo, en fin, del dato elocuentísimo de que el interés corriente del dinero en el mercado británico sea del 2½ al 3 por 100, prueba evidente de la abundancia del capital y por ende de la comodidad de la vida.

### III.

Discurriendo no hace mucho un autorizadísimo periódico de Londres, *The Pall Mall Gazette*, sobre las fuerzas económicas de la Gran Bretaña, tomaba para calcular toda la potencia de ésta los datos últimamente presentados á la Sociedad de Estadística (en Enero del año 1878), por Mr. Robert Giffen, jefe de la Seccion de estadística de la Administracion comercial del Reino-Unido. Esta verdadera ilustracion de aquel país se

(1) El *income tax*, desde 1869 á 1873 inclusive, no bajó de 4 dineros por libra. En 1874 fué de 4; de 2 en 1875 y 76, y en 77 y 78 de 3. Esto no depende del Gobierno, si que del aumento de la renta imponible; de suerte que puede decirse bien que las reformas del período radical, por lo ménos no impidieron el acrecimiento de la riqueza. Porque ha de notarse que el Gobierno conservador aumentó los gastos.

fijaba en el *income tax* (impuesto sobre las rentas) para inducir el capital británico, que fijaba (hechas varias sumas y restas no propias de este sitio) en 8.500 millones de libras, esto es, unos 2.000 millones más que los que daba el célebre Porter en su acreditado libro *Progres of the Nation* en 1814. ¡Dos generaciones habian bastado para este asombroso desarrollo! Sobre tal base, el periódico inglés calculaba que, haciendo pesar el *income tax* sobre la actual renta inglesa del propio modo y en la misma proporción que en 1814, la víspera de Waterlloo, y prescindiendo de la considerable baja (más de la mitad) que el tanto contributivo con relación á la renta impuesta ha tenido en estos setenta años (1), resultaría un ingreso de no menos de 274 millones esterlinos; á cuya cifra podría agregarse, en un momento crítico de vida ó muerte para la seguridad de Inglaterra, el producto de un empréstito levantado sobre toda la propiedad inglesa, lo cual arrojaría la enorme cantidad de 400 millones de libras (cerca de 40.000 millones de reales), realizables en un solo año, y de los que podría disponer el Gobierno inglés si hoy se repitiese la crisis suprema del bloqueo continental y de las guerras napoleónicas.

De más de esto hay la grandeza exterior del Reino. Su poderío se extiende, como he dicho, por todo el mundo, y su bandera abriga á comarcas, á reinos que por sí solos podrían rivalizar, de diversa suerte, con los primeros de Europa. En el mundo primitivo, en el Asia, sus súbditos son cerca de 160 millones de hombres repartidos en 930.000 millas cuadradas: en Africa son 1.730.000 almas en 240.000 millas: en América son 4.800.000 en 500.000: en Oceanía, 2.400.000 en 3 millones. Reunidos los presupuestos de gastos (que todos se satisfacen cumplidamente), solo de algunas de las colonias británicas,—del Canadá, del Cabo, de la India, de Nueva-Gales—dan la cifra de 77.710.893 libras, muy cerca de 7.200 millones de reales. Solo las importaciones y exportaciones del Canadá (sobre 269 millones de duros) representan mucho más de la mitad de las de todo el Reino de Italia, y un quinto más de las de Dinamarca. La India pasa de

esto (1). En 1876, su movimiento mercantil arroja la cifra de 104 millones de libras, esto es, algo más de la tercera parte del de Francia y poco menos que el de Austria-Hungría. No es, por tanto, el dominio de vastos é inexplorados espacios: es el imperio real y efectivo sobre sociedades organizadas, ricas, poderosas, donde el porvenir se mira, donde la historia se ha engendrado y cuyo seno se abre á todas las inspiraciones del mundo progresivo, por la acción y la solicitud de esa esplendorosa Metrópoli que abona sus pretensiones de directora por el desarrollo excepcional que todos los elementos de civilización han conseguido en su propio recinto, por el culto que ha dedicado y que sostiene al espíritu de la edad moderna, al genio de la libertad y por el prestigio mismo que la hacen conservar entre los extraños hechos tan insignificantes unas veces, tan ocasionados otras á severas críticas y exageradas censuras, como el de que el pabellón británico, no solo flamee en lo alto de los topes de millares de barcos que frecuentan todos los puertos y corren todos los mares, en los que parece como que la marina de guerra inglesa está encargada de la suprema inspección y la menuda policía, si que á la entrada y salida de todos los mundos, al principio y al fin de todos los estrechos, en Santa Elena, allá en las soledades del Atlántico, en Malta al alcance del rumor europeo, en la calcinada Adén y en el sombrío Gibraltar. Diríase que nada se escapa á la mirada y á la mano de Inglaterra; y por esto que nada le es extraño en el mundo, y que dada su fuerza, en todas partes debe influir y en todas ha de pesar.

Sin duda tal importancia y de mantenerse en una extensión tan colosal y que ofrece tantas soluciones de continuidad y variedades tan extrañas; sin duda que ha de exigir medios de fuerza, recursos militares de no escasa consideración, y por ende sacrificios extraordinarios por parte de Inglaterra. Los hace indudablemente. El presupuesto de Guerra y Marina representa no menos de la tercera parte del total de gastos—unos 25½ millones esterlinos para 78½: el ejército de tierra (compuesto de 109.600 hombres de fuerza regular y 174.240 de Milicia Nacional) cuesta sobre 15 millones de libras (el 19 por 100 del presu-

(1) En 1814 la proporción de la deuda inglesa con la riqueza general del país era de 8 chelines 2 dineros por libra esterlina (casi un tercio y medio); la de los gastos de una libra (casi) y la del impuesto 7 3/4 dineros. Hoy las proporciones son la deuda 1 ch. 10 dineros (esto es 1/11); la del gasto 2 1/4 din.; la del impuesto 3 dineros.

Véase el periódico citado, 21 de Marzo de 1878.

(1) El Canadá: 6.777.837 libras. El Cabo: 2.272.275. La India: 53.911.747. Nueva-Gales: 4.749.013 libras. Estos datos son casi todos de 1876-7. Véase F. Martin.

puesto total): el de la Marina (que sostiene 60.000 hombres, incluyendo el servicio de la India y 240 barcos, de ellos 58 acorazados), representa sobre 11 millones (el 14 por 100 del total). Mas es preciso considerar de un lado que el sistema de enganche voluntario que priva en Inglaterra (que fué por mucho tiempo el ideal del liberalismo europeo, y que aun hoy para el ejército permanente no puede ser rechazado dentro de ciertas doctrinas), es incomparablemente más caro que ese otro sistema de las quintas y del servicio forzoso que domina en casi todo el continente, sustituyendo á la antigua leva, y que en rigor por su modo y condiciones es una nueva forma de servidumbre personal reservada á las últimas clases sociales, incapaces de redención (1). De otra parte no puede prescindirse de lo que en los gastos de Inglaterra representa la marina, por necesidad numerosa, supuestas las distancias á que están las colonias de la Metrópoli británica y la naturaleza misma de la vida económica del Reino-Unido.

Pesando esto, y comparando el número de soldados y aun el presupuesto mismo militar de la Gran Bretaña con lo análogo del continente europeo, no puede ménos de venirse al convencimiento que la base de la influencia y del prestigio de aquellos insulares en el mundo moderno, máxime en estos últimos veinte años de vida retraída y pacífica, es de un carácter esencialmente moral y político (2).

Pero sobre todos estos datos que exigen cierta diligencia y cierto estudio; sobre esas cifras y aquellas comparaciones un tanto enojosas, está desde hace bastantes años algo que se ve y se palpa, quíerese que no, algo que golpea con la fuerza de la evidencia al indiferente y al desocupado; algo á que se refieren todos los periódicos, todas las gentes, todas las conversaciones; el espectáculo que en conjunto viene ofreciendo la Gran Bretaña celebrando sus Exposiciones industriales, de carácter internacional, y sus grandes Congresos científicos; proporcionando seguro asilo á todos los perseguidos de la tierra, sin preguntarles su procedencia ni sus intencio-

(1) Un soldado de caballería en Inglaterra cuesta al año 52 libras 11 sh. (5.200 rs.); de infantería, 26 lib. 5 1/2 sh.

(2) El presupuesto militar de Francia sube á 720 millones de francos: el total á 2.667.296.751. Proporción, 27 por 100. El ejército de tierra (450.000 hombres, reclutados por la conscripción), representa el 20 por 100. Alemania dedica á la milicia (400.000 soldados y sus 1.500 marinos) los cuatro quintos de su presupuesto general de 27 millones de libras.

nes; organizando sus costosas admirables expediciones al interior de Africa y á los mares árticos; haciendo de los grandes mercados de Liverpool, y sobre todo de Lóndres, el mercado universal (1); convirtiendo á *Lombard Street* en la dispensadora del crédito de todos los pueblos civilizados; llevando sus mercancías y sus gustos á todas las tierras; haciendo triunfar el *comfort* sobre la *fantaisie* francesa y el aparato neo-romano; y, en fin, viviendo tranquila, próspera, feliz en el pleno ejercicio de sus funciones todos los poderes del Estado y gozando de una completa libertad, sin que turben su vida los amagos de la dictadura, ni los temores de una violenta revolución social, ni las impertinencias de la política de los motines y la gritería á que tan acostumbrados parecían hallarse los pueblos continentales. El convencimiento, pues, entra por los ojos, y es perfectamente racional y justo el llamar á Inglaterra un *pueblo grande*.

RAFAEL MARÍA DE LABRA.

#### ESTUDIOS DE LITERATURA ARÁBIGO-ESPAÑOLA.

##### ALMOTASIM Y SU CÓRTE.

###### I.

A la edad de 17 años, y en el de 1051, comenzó á regir por sí mismo el Reino de Almería un Príncipe de la familia Somadih (2), quien, siguiendo el ejemplo de Abed, el de Sevilla, que habia tomado el nombre de Al-Motahi, quiso denominarse con el que es hoy conocido en la historia.

Luego que Almotasin subió al trono, tuvo guerra con su hermano Abn Otabi, que le quiso disputar la soberanía; pero no adelantó nada, y le fué forzoso contentarse con su suerte, quedando á merced de aquel, que le

(1) Donde se consume más carne es en Inglaterra (39'4 kilogramos por cabeza); despues Francia 30. En Alemania, de 18 á 29; en Italia, 15; en España, 12'9.—Trigo: en Francia, 2'20; Inglaterra, 2 hectólitros; 1'40 en Italia; 0'

(2) Los Reyes de Almería, según Pí y Margall.—*Reino de Grau*, en los *Recuerdos y Bellezas de España*, pág. 69—fueron: en 1009 Mhayran el Sekleby; 1017 Zohaiz el Ahmery el Sekleby; 1041 Maan ó Moez ben Mohamed Abdelahaman, apellidado Abn el Arras y Dzu el Wazizat-Eiu (dueño de los wazyzatos); 1051 ó 1052 Mohamed Billa y el Watek bi Fald Ela; 1091 Obeidala ben Mohamed Nosam el Daulah Abn Meriowan.—Simonet en el *Cuadro cronológico de las dinastías del Reino de Granada*, incluido en su obra *Descripcion del Reino de Grau*, primera edicion, indica: Hairan 1015 á 1028; Zohair 1028 á 1058; Man Abulahoras Abn Somadih 1041 á 1042, 1051 á 1052; Ahmed

trató siempre bien y le honró en su corte (1).

La corta edad de Almotasin tentó á sus vecinos á hacerse señores de las plazas situadas á alguna distancia de la capital, y como realmente este Príncipe no se distinguía por lo belicoso, lograron aquellos sin dificultad grande, hasta reducirle al recinto de la ciudad y de la comarca que la circundaba, y aun así no carecía de importancia, porque la sola ciudad equivalía á un reino.

Mas si el régulo de Almería no era ni gran capitán ni profundo político; si el historiador no puede consagrarle páginas brillantes, la justicia obliga á poner en su cabeza la bella corona dedicada á un Rey que merecía ser llamado el bienhechor de sus súbditos. No envidiaba á los que poseían más vastos dominios que los suyos; contentábase con lo que tenía: enemigo de verter sangre, cuando la necesidad le forzaba á rechazar los ataques de sus ambiciosos vecinos, hacia la guerra contra su voluntad: honraba la religion y los sacerdotes, y cierto día de la semana reunía en una sala de su palacio los *faqúies* y cortesanos, los cuales conferenciaban allí y discutían sobre los comentarios del Corán y sobre las tradiciones relativas al Profeta. Era justo, bondadoso y se complacía en perdonar las injurias. Ciertamente, si un Príncipe tan noble, tan amante de la paz, hubiera reinado en otra época y en un país más extenso, su nombre hubiera sido inscrito entre los de los Reyes que no deben su gloria á los arroyos de sangre vertida por ensanchar algunas leguas los límites de su reino, sino á los beneficios que han derramado sobre sus súbditos y á su amor por la justicia (2).

Izzedaula, Octubre ó Noviembre de 1091. Total de años, 76.—En Almería, dice otro autor, reinaron cinco Príncipes, que fueron Hairan, Zohair, Maau Abualhuas Mohamed Ben Man, y Obeidalá Moez-Daula (a. 1099—1091 de J. C.)—*Historia de las cuatro provincias granadinas*, tomo 2.º, pág. 216.—Segun Dozy (*Historia de los Musulmanes españoles*, traducida y anotada por nuestro conterráneo Francisco de Castro, tomo 4.º, página 365), que es el autor que nos merece más crédito, fueron: Khairan, que vivió hasta 1028; Zohair 1028—1038; Abdalaziz Almanzor (de Valencia) 1038—1041. En seguida los Beni-Zomadih: Abn-'l-Ahwaz Man 1041—1051; Mohamed Motasim 1051—1091; Izz-ad-daula 1091. Véase también el árbol genealógico de la familia Sommadihia en la obra de Dozy: *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen âge. Seconde édition*, I, 291.

(1) Conde: *Hist. de la Dom...*, II, 191.

(2) Mod. Lafuente: *Historia de España*, II, 374.—Miguel L. Alcánt.: *Historia de las cuatro provincias granadinas*, p. 206 del tomo 2.º.—Artículos de E. Arjona sobre los musulmanes de España en el siglo XI, publicados en los números 8.º, 9.º y 11 de la *Revista Mensual*.

El carácter de Almotasin era bien diferente del de los demás Príncipes que gobernaban entonces la España, y su protección á las letras atrajo á Almería un considerable número de los más distinguidos ingenios de la época.

El Rey Almotasin, «mancebo hermoso de cuerpo, liberal y virtuoso, tan benéfico y humano, que ganaba los corazones de ricos y pobres, y atraía á su corte á insignes varones de Oriente, Africa y de las otras partes de Europa, y les honraba y favorecía más que los otros Reyes de su tiempo» (1), edificó en su corte un grande alcázar con suntuosos aposentos y deleitosos jardines surcados por un canal, á cuyo conjunto se dió el nombre de la *Somadítica*, en memoria de su fundador.

Cuéntase que para dar á esta obra la extensión conveniente, los *alarifes* habían dado amplitud al recinto, abarcando indebidamente un trozo de jardín perteneciente á unos huérfanos, desoyendo las legítimas quejas del tutor. Paseábase cierto día Almotasin á la orilla del canal que fecundaba los jardines de palacio, y tendió la vista hacia una caña cerrada con cera por ambos lados que fluctuaba en las aguas. Hizo que se la llevarsen, y despegando la cera, encontró un escrito del tutor, en el que se querellaba duramente de la injusticia de los obreros. El Rey les hizo comparecer ante su presencia inmediatamente y les reprendió con severidad, devolviendo su propiedad á los menores, aunque era de la mayor importancia para completar el conjunto de los edificios (2).

Gozaba asimismo en reunir á los altos señores y *wacires* y poetas de su corte en el palacio ó alcázar de la *Somadítica*, con los cuales, como Príncipe que era muy aficionado á las letras, celebraba con frecuencia certámenes poéticos. Allí también el mismo Almotasin, compuso entre otros versos, los siguientes en que describe un gran manantial de agua que brotando en medio de un pabellon, se dividía despues en muchos brazos y canales para regar los jardines inmediatos: «Contemplad, decía, la hermosura de ese agua, que al derramarse de la fuente semeja

(1) Conde: Obra citada, II, 190. Con este juicio coincide Casiri (*Biblioth. arab. hisp. escur.*, II, 40).

(2) Almakkari, trad. de Gayangos, I, 134 y ss. mencionado por nuestro erudito paisano G. Garbin en sus *Estudios históricos sobre la ciudad y provincia de Almería*, algunos de cuyos interesantes artículos han visto la luz en la *Revista de Andalucía*.

una serpiente manchada que se desnuda de su piel al huir.» (Almaccari: I, 442) (1).

El sol de la ilustración arábigo-andaluza lucía en la corte de Almería, merced al favor que su Rey Almotasim concedía á los amantes de las letras. Este Soberano, no contento con reunir en su corte á los sabios y literatos más sobresalientes del Andalucía, llamó á ella á cuantos quisieron ir de apartadas regiones del mundo musulman, colmándoles de dádivas y premios (2). Su alcázar y vergeles eran el albergue de las musas, el palenque de los ingenios y la academia permanente de la poesía y la literatura. Allí competían Aso-maisir, de Elvira, poeta ingenioso y satírico; Ebn Alhadad ó Abdalah ibn-al Haddad, de Guadix, autor de un tratado sobre la versificación, en el cual imaginó poner de acuerdo el sistema musical con las reglas establecidas por el célebre gramático Khalil; tanto se distinguió por sus versos que le llamaban el poeta más grande de Andalucía, y él fué quien compuso algunos versos tan en boga entonces, que todo el mundo los sabía de memoria

(1) *Alcázares famosos en las historias árabes*, por Simonet; trabajos publicados en *La América*, año de 59 á 60.—Don Juan Valera, traduciendo, como él sabe hacerlo, las páginas que Schack dedica al Rey de Málaga Al-Motamid y á su corte, se lamenta en una nota de que el autor alemán no haya hecho lo mismo con la corte y la persona de Almotasim, Rey de Almería, contemporáneo de Al-Motamid y víctima como él de la ambición de los almoravides. Almotasim, añade el traductor del precioso libro de Schack, «fué poeta también y gran protector de los poetas. Era de la familia de los *Beni Casi*, los cuales procedían de estirpe pura española, aunque desde la época en que los moros conquistaron á España se habían hecho musulmanes, produciendo desde entonces para el islamismo muchos ilustres príncipes, generales y poetas... Lo más culto, lo más humano, lo más suave de costumbres en aquella edad, era indudablemente la corte, la persona y la familia de Almotasim.» Véase *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, I, 90 y 91 de la segunda edición.

(2) Baste aquí un ejemplo para dar idea de la liberalidad de estos *emires* cuando querían mostrarse agradecidos á los buenos versos hechos en su elogio. Ibn Scharaf, que tenía en feudo una aldea, tuvo cierta vez una disputa con un recaudador de tributos, porque éste le exigía que pagase demasiado. Ibn Scharaf fué á ver á Almotasim, Rey de Almería, para pedirle justicia y le llevó una composición poética, que contenía lo que sigue:

Desde que tú gobiernas,  
No esgrime su puñal el asesino;  
Solo vírgenes tiernas  
La muerte dan con su mirar divino.

El Rey gustó mucho de estos versos, que son dos solamente en el original, y preguntó al poeta cuántas casas (en árabe *beit*) contenía la aldea; y como el poeta dijese que contenía cincuenta, el Príncipe añadió: «Está bien; en precio de este distico (en árabe *beit* también) quiero dártelas todas en plena propiedad, y así ningún recaudador podrá en lo sucesivo exigirte tributos.»—Schack, *Obra ya cit.*, I, 84.

y los recitaba (1); Chafar Ebn Zaraf (2), notable por la brillantez y lujo de imágenes que se notan en sus versos; Abulwalid Ahmihli de Badajoz; Abn Mohammed Ebn Ghanem de Málaga, aventajado en muchas ciencias, en la teología y derecho, en las tradiciones, y sobre todo en la gramática y lingüística; el célebre geógrafo almeriense Ebn Maid el Bekri (3) y otros muchos, á quienes por no dilatarnos pasaremos en silencio. Entre aquel concurso de ingenios distinguíanse como poetas algunos Príncipes de la familia Real y el Rey Almotasim (4) compuso, entre otras poesías, dos notables descripciones de Berja y Dalías (5), el Príncipe Izzedaula (6), el Infante Rafiadaula (7) y la hija del Soberano almeriense Omm Alquiram, que cantó á su amado el gentil Assammar de Dénia (8). Aquel reinado, en fin, fué una época gloriosa para la literatura, y sobre todo provechosa para los poetas, los cuales, en honor de la verdad, no siempre se hicieron merecedores del favor que

(1) Sobre algunas de sus composiciones, véase á Dozy: *Recherches...*, pp. 259-60 de la segunda edición.

(2) O Abulfadhl Chafar Zaraf: nació en Berja según algunos, aunque según otros entró en España á la edad de siete años con su padre el célebre literato de Africa Mohamed Alcaizaorani. Distinguióse en la medicina, bellas letras y principalmente en la poesía, y de él se conservan algunas composiciones muy bellas (v. á Dozy, op. cit. I, 91 y ss. de la primera edición). Dejó escritas además, entre otras obras, una colección de sentencias didácticas que tituló el *Secreto de la Piedad* y un poema con el título de *Consejos saludables*.—Simonet: *Descripción del reino de Granada*, segunda edición.

(3) El mayor geógrafo que ha tenido la España musulmana, según afirman los entendidos arabistas Moreno Nieto y Emilio L. Alcántara, en sus sendos discursos pronunciados en la Academia de la Historia. Dozy indicó lo propio en sus *Investigaciones...*, dedicándole un artículo en la primera edición.—Vivien de Saint-Martin (*Hist. de la Geografía*, I, 452-53) dice equivocadamente de Bekri,—autor de una instructiva descripción de España y del Africa, escrita en 1068 según sus propias observaciones,—que era árabe de Granada.

(4) La dinastía de los Benu Somadih produjo poetas de primer orden, dice Schack.

(5) Dalías y Berja, según el autor árabe Ibn Dakan, citado por Dozy, son dos distritos, como nadie los ha visto semejantes. El céfiro juega con las ramas de los árboles; los arroyos son lípidos; los jardines exhalan toda clase de perfumes, los parques alegran el alma y ofrecen á la vista el más encantador espectáculo. Sobre el primero de estos dos pueblos, dice Reclus (*Nouvelle Géographie Universelle*, t. I, p. 760): «En la desembocadura del valle del río grande de la Alpujarra está el puerto de Dalías, que justifica su nombre árabe *la parra*, por producir uvas exquisitas; este fué, se dice, el primer establecimiento fijo de los árabes venidos de Africa.»

(6) Schack, I, 125, nos da á conocer unos delicados versos de este poeta.

(7) *Ibid.*, I, 173: la poesía que publica la copia de Dozy.

(8) Esta composición está inserta á la pág. 115 de la obra de Schack varias veces mencionada. Puede leerse también en Dozy, *Recherches*, I, 271.

les dispensó Almotasim, pues á veces se lo pagaron con mordaces y satíricos insultos.

A este propósito permítasenos intercalar en nuestro relato una anécdota que prueba el gran ascendiente que en aquella corte se habían granjeado los poetas con la alta protección del Rey y con el poder irresistible de sus sátiras. Cuenta cierto autor árabe que un noble de Almería encargó al ya celebrado poeta Assomaisir un poema en su elogio; pero cuando éste se lo presentó concluido, el magnate rehusó pagárselo. Assomaisir disimuló por lo pronto; mas como al cabo de algun tiempo aquel noble convidase al Rey á un suntuoso festin que le había preparado en su casa, y Almotasim lo aceptase, Assomaisir le salió al encuentro y le dirigió los versos siguientes:

«Oh Rey venturoso, cuya marcha llena de arrogante júbilo al hombre que ha dispuesto el banquete.

»No vayas á buscar tu alimento en casa ajena, pues los leones no van á la caza cuando tienen que comer.»

«Por Allah, le contestó Almotasim, tienes razon,» y se retiró á su alcázar, con lo cual el noble, no solo hizo en balde su gasto, sino que se vió desairado, y así el poeta logró vengarse (1).

Gozaba asimismo en perdonar las injurias. Conocido es lo que hizo con el poeta Abn-l-Walid Nahh, de Badajoz. Le había colmado de favores; pero el epigramático poeta fué ingrato á sus beneficios, y en un viaje que hizo á Sevilla, por adular en la corte al Rey Almotamid, en un ditirambo que compuso en su loor, dijo:

Motamid, con tu triunfo celebrado  
Las berberiscas razas exterminas;  
Tambien Almotasim ha exterminado  
La casta de los pollos y gallinas.

No sospechando que esta burla fuese conocida de su antiguo valedor, el poeta se volvió á Almería y á poco recibió una invitación firmada por el Rey. Apenas entró en el comedor, Almotasim le acogió con suma benevolencia y le llevó delante de una mesa cubierta toda de pollos y gallinas. «Quería mostrarte, le dijo, que toda esta casta no ha sido completamente exterminada por mí.» Pretendió el poeta excusarse; pero Almotasim lo dispensó, manifestándole que no estaba indignado con él, sino con el que había sufrido con pa-

ciencia que se hubiera ultrajado á uno de sus iguales. Y le siguió protegiendo (1).

El Príncipe de Almería no se enfadaba fácilmente. Cuando uno de los literatos de su corte le hubo recitado estos dos versos

«Perdona á tu hermano si comete una falta contigo, porque la perfeccion es una cosa muy rara; todo tiene su lado malo, y á pesar de su esplendor la antorcha arroja tambien humo,» Almotasim maravillóse de ellos y preguntó qué poeta los había compuesto. Informado que eran de Ibn-al-Haddad: —¿Sabeis, dijo sonriendo, lo que ha querido indicar?— No, respondió el otro; únicamente sé que es un pensamiento ingenioso.—Cuando yo era jóven y él estaba á mi lado, añadió entonces Almotasim, llevaba yo el título de *Antorcha del Imperio*. Que Dios maldiga al chusco impertinente ¡pero qué admirables versos compone! Algunas veces, sin embargo, las injurias de los poetas eran tan graves que obligaban al mismo Almotasim, á pesar de su bondad, á salir de su habitual moderacion. Los poetas ya hemos dicho que exigian mucho en aquel tiempo; se encolerizaban inmediatamente que no se les concedia todo lo que pedian, y, como verdaderos niños mimados, abusaban entonces del permiso que tenían para decirlo todo. Esto fué lo que sucedió á Ibn-al-Haddad. Enojado porque Almotasim le rehusó una exigencia exorbitante, compuso en contra de él esta sangrienta sátira: «Oh vosotros, que buscáis dones, abandonad la corte de Ibn Somadich, de ese hombre que cuando os ha dado un grano de mostaza os retiene con sus cadenas como un cautivo condenado á muerte. Aunque hayais pasado cerca de él una vida tan larga como la de Noé, no sereis vosotros menos pobres que si jamás lo hubiérais visto.»

Este ultraje, añade Dozy, pues de él tomamos estas curiosas noticias (2), era demasiado sangriento para ser perdonado. Almotasim pudo sufrir que Nahli se burlara del mismo, á causa de su amor á la paz; pero no podia tolerar que se le acusase de avaricia. A este propósito resolvió tomar medidas eficaces para castigar la insolencia del poeta, el cual, informado á tiempo del peligro que le amenazaba, abandonó Almería á toda prisa. Esta vez, sin embargo, Almotasim quiso vengarse á toda costa, y en su cólera cometió una in-

(1) G. Garbin: Estudios mencionados. — Dozy: *Ibid*, I, 250 y 51. Esta anécdota tambien la refiere Schack en su obra citada, I, 198-9.

(2) *Recherches...* pág. 261 del tomo I.\*

(1) Simónet: *Edad de oro de la literatura árabe*.—Dozy: *Recherches...*, pp. 267-8 del tomo I.

justicia; hizo meter en prision al hermano del poeta, que, despues de todo, era inocente. Cuando Ibn Haddad, que amaba tiernamente á su hermano, supo esta noticia fatal, gritó:

—«Siempre el destino enemigo nos persigue; debemos someternos á sus decisiones, sean cuales fueren; ¡ah! yo lo sé ahora: mientras que la dicha no se ha ligado á nuestros pasos, un solo placer no basta á hacernos dichosos (1). ¿De qué sirven todos nuestros esfuerzos para escapar del peligro, si la fortuna rehusó sernos propicia? ¡Pobre de mí! ¡Qué haré yo ahora que me parezco á una lanza sin punta!»

Habiendo oido recitar esta composicion, «en sus versos hay más buen sentido que en sus acciones, dijo Almotasim; ha dicho verdad: para él no hay dicha mientras que su hermano no esté á su lado. Pues bien, ¡que su hermano sea libre!» (Maccari, II, 338-40) (2).

Al acusar á Almotasin de escatimar sus favores, Ibn Haddad lo habia justamente herido en el sitio más sensible de su amor propio. Tenia una sensibilidad casi enfermiza, digámoslo así, en lo que se referia á su reputacion de Príncipe generoso, de protector liberal de los hombres de letras. Ponerle en duda esta cualidad, la primera de todas á sus ojos, era ofenderle mortalmente; reconocérsele era, por el contrario, el medio más á propósito para granjearse sus simpatías; se necesitaba todavía hacerlo, si no con delicadeza, al ménos de una manera graciosa, y sobre todo poética. Un dia Omar Ibn-as-Chalud le recitó un poema que decia entre otras cosas: «Vuestros dedos esparcen una lluvia (de beneficios) tan abundante que estaria tentado de tomarlos por las nubes del cielo. No se puede vivir dichoso más que en donde os encontrais, y sin vos los dias de nuestra existencia se arrastrarian tristemente.» Esta comparacion de un gusto que quizá encontraríamos discutible, indica Dozy, agradó en extremo al Príncipe, quien dirigiéndose á los otros poetas

—«¿Hay alguno de entre vosotros que pueda conquistar mis simpatías con versos semejantes?»

—¡Ciertamente, señor! le respondió Abn Djafar Ibn al-Kharraz; pero no siempre somos bastante afortunados para agradaros. Yo os he dirigido nace algun tiempo un poema en el cual decia: «Cuando la fortuna, semejante á una tierra estéril, me rehusaba sus favores y no tenia para mí ni frutos que coger ni es-

pigas que segar, he aceptado los dones que vos me ofreciais. Vuestra liberalidad para conmigo parecíase á un árbol que da al viajero fatigado sus frutos y su sombra; y yo, lleno de reconocimiento por vuestra inagotable bondad, cantaba vuestras alabanzas en accion de gracias, así como cantan los pájaros posados sobre el ramaje de los árboles.

—¡Vive Dios! gritó el Príncipe; paréceme que estos versos los oigo por primera vez; ¿y decís, sin embargo, que ya me los habeis recitado? Pues bien; teneis razon para decir que no siempre es uno dichoso; pero ahora os recompensaré doblemente; primero á causa de los mismos versos, despues porque os hice esperar tan largo tiempo. (Maccari, II, 280-81.) (1).

El número de los poetas en la corte de Almotasin se elevaba á una cifra considerable, y muchos de ellos eran almerienses. Habia allí especialmente una colonia de refugiados granadinos. Los habitantes de este reino eran entonces bien poco venturosos. Estaban entregados á los extraños y sanguinarios caprichos de sus Príncipes africanos, á quienes despreciaban á causa de su falta de civilizacion, tanto como les temian por su crueldad. Los hombres de letras tenian aun más que temer que el resto de la poblacion, porque á los ojos de los feroces tiranos de Granada la inteligencia humana era una enemiga peligrosa que necesitaban destruir á cualquier precio que fuese.

Viendo pues siempre la espada suspendida sobre sus cabezas, los representantes del pensamiento emigraron en masa, pero en diferentes épocas, y la mayor parte fueron á Almería, con la certeza de ser bien acogidos por el soberano que allí reinaba y que, como verdadero árabe que era, odiaba á los bereberes tanto como ellos le aborrecian. El sobrino de Ghanien, era uno de estos refugiados. Su tio, el gran filólogo, con quien vivia, le incitó á abandonar los estados de Badis.—«Este tirano, le dijo, ódia de muerte á todos los hombres de letras. En cuanto á mí, la existencia no me importa; soy viejo y moriré el dia ménos pensado, pero tengo cariño á mis obras, y no quisiera que pudiesen. Hélas aquí, tómalas, tú que eres jóven, y vé á establecerte en Almería. El tirano podrá matarme entonces, mas al ménos llevaré á la tumba el consolador pensamiento de que mis obras me sobrevivirán.»

Otro de estos refugiados, era Somaisir, de Elvira, uno de los poetas más ingeniosos

(1) El poeta alude á su evasion de Almería.

(2) Dozy: libro cit., pág. 262 del tomo I.

(1) Dozy: Ibid. I, 264.

de la época. Proscrito á causa de las sátiras que habia compuesto contra los berberiscos en general, y particularmente contra su Rey Abdalah ibn Bologgum, habia llegado al territorio de Almería, en donde se consideraba seguro, cuando fué detenido por una orden de Almotasim, á quien se hizo creer que habia compuesto tambien sátiras contra él mismo. Conducido á la presencia del Príncipe y habiéndole ordenado que recitase sus sátiras, exclamó:

—«Juro por el que me ha entregado en vuestras manos, que nada malo he dicho en contra de vos. Ved aquí mis versos:

«Habiéndoseme aparecido Adan en sueños,—Oh padre de los mortales le dije: ¿será verdad lo que se cuenta? Los bereberes serán vuestros hijos?—¡Ah! gritó indignado; si así fuese, me divorciaria de Eva!» El Príncipe Abdalah me ha proscrito á causa de estos versos; por dicha he podido escaparme poniendo la frontera entre ambos. Entonces se ha tratado de corromper á alguno para que os recitase versos que no he hecho jamás. Esperaba que vos me matéis y el ardid era bueno, pero de conseguirlo, no hubiera quedado sin venganza, cayendo al mismo tiempo sobre vos todo lo odioso de este acto de iniquidad.

—Lo que me cuentas me parece muy laudable; pero supuesto que has recitado los versos que compusiste contra su nacion en general, quisiera tambien oír los que le conciernen más especialmente.

—Cuando le ví ocupado en fortificar el castillo de Granada, dije:

«Como insensato que es, edifica su prision. ¡Ah! ¡es un gusano de seda que hila su capullo!»

—Lo has maltratado de lo lindo y has hecho bien. Yo quiero hacer algo por tí, te daré un regalo, pero si lo aceptas, será necesario que salgas de mi reino, ó bien te haré inscribir en la lista de mis poetas, en cuyo caso no recibirás regalo alguno, elige. Habiéndole respondido el poeta en dos versos muy bien concluidos, que á su parecer estas dos proposiciones podian conciliarse á maravilla,—Eres el mismísimo diablo, le dijo Almotasim; pero cúmplase: te haré un regalo y permitiré que te inscriban. (Maccari, tomo 2.º, 280) (1).

ANTONIO M. DUIMOVICH.

(1) Dozy, 1, 267.—Debemos hacer notar como de pasada que, despues de traducido y extractado el curiosísimo ensayo sobre la historia de Almería, oscuro período de la literatura arábigo-española tan donosamente descrito por Dozy en sus *Recherches...* llega á nuestras manos la version española de la referida obra, hecha por D. Antonio Machado Alvarez.

## LA TIA VERÓNICA.

Con razon decia nuestra tia Verónica que su existencia podia compararse á un estrecho sendero abierto entre dos vallados de espinas, que á cada paso arañan el rostro del transeunte, ó bien á una extensa galería de cuadros de familia cuyas amarillentas y rígidas figuras nos miran haciendo gestos. «Yo apenas he tenido aventuras, decia; mi camino no ha sido largo, y no he necesitado franquear grandes obstáculos; pero un camino corto todo cubierto de guijarros puede ser tan penoso de recorrer como un camino real del que solamente algunos trozos se encuentran en mal estado. En otros términos, los alfilerazos en cierto número son tan asesinos como la estocada que mata de un solo golpe. No me atrevo á decir cuál de estas dos maneras de dar muerte es preferible.» Desgraciadamente, en este mundo no se tiene el derecho de eleccion, y la pobre tia no podia volver á empezar su vida, por grande que fuera su deseo. ¡Tal es la condicion humana! Una vez llegado al fin del viaje, se suele decir: ¡Si tuviera que hacerle de nuevo, no tomaria ya ese camino! Pero esto se dice fácilmente de un viaje de ocho ó quince dias; cuando se trata de la vida, cambia la situacion. No bien llega uno á fijarse en la teoría, cuando ya es tarde para pensar en la práctica. Por lo demás, nada enseñaré á mis lectores al decirles que no siempre es dueño el hombre de elegir, de determinar por sí mismo la carrera que ha de seguir de tejas abajo. Si á unos cuantos elegidos les es dado instruirse á buen tiempo por su propio juicio, y no hallar trabas ni en los que le rodean, ni en circunstancias materiales, en cambio la mayor parte se encuentran, desde su entrada en el mundo, rodeados de redes más ó ménos espesas, cuyas mallas están formadas por la necesidad, la imprevision, el orgullo, la ignorancia, y muchas veces tambien la pobreza! De ellas sale el que puede, y la pobre tia se habia visto detenida como un carretero en un bache, con la única diferencia de que ella se esforzaba por salir sin juramentos ni votos.

Jamás he conocido mujer más dulce y más paciente, y sin embargo, más apasionada, más enérgica en sus sentimientos; pero manifestaba poco sus impresiones. Habia nacido para ser feliz y tratada con amabilidad; no tenia fuerza para resistir á la rudeza, y como hacen por lo general todas esas naturalezas

sensibles que la casualidad arroja en un centro contrario, se recogía interiormente. De esto provenía cierto aire burlon que, después de algunos años, se atribuía á sequedad ó desden. ¡Pobre tía! Nadie estaba más lejos que ella de tales condiciones.

Yo no la he conocido bien hasta después de mi casamiento. Se hallaba de institutriz en casa de la familia de mi mujer, y cuando me establecí en Bruselas, como Juez de instrucción, y puse casa, vino á ver á su sobrina, á quien había educado. Consideré la invitación como un deber de indispensable cortesía, y su permanencia entre nosotros como una carga pasajera de que no podía eximirme; pero la experiencia me demostró lo que ya he reconocido como verdadero más de mil veces, á medida que avanzo en años: que no se debe juzgar nunca á las personas por su cara. Desde entonces, la tía Verónica no se ha separado de nosotros. Una noche del pasado invierno, nos hallábamos sentados al rededor de la chimenea; la lámpara no se había encendido todavía, y los tres experimentábamos ese bienestar material que tanta influencia ejerce sobre la parte moral y tan bien predispone á la confianza, á la expansión. De pronto recayó la conversación sobre el amor.

—¿Querrás creer, tía, dijo Adela, que habiendo pasado mi juventud á tu lado, aún no sé cuál ha sido tu vida? ¡Me parece que siempre te he conocido como ahora te veo, tranquila y apacible, y jamás me ha ocurrido pensar que hayas podido tener algunas aventuras!

—Ahí verás lo que es la juventud, contestó la tía. Cuando se tiene 20 años no se puede imaginar que una persona de 50 haya sido joven también.

—Como eres tan pacífica, repuso Adela, me costaría mucho trabajo creer que tu historia registre algún episodio trágico.

—¿Quién sabe? En primer lugar, ¿qué entiendes tú por tragedia? Si te refieres á los crímenes, á los asesinatos, á las catástrofes sangrientas que derriban á los Soberanos de sus Tronos, seguramente nada de eso se encuentra en mi historia; pero se puede sufrir mucho, mi querida Adela, sin salir del círculo de los sencillos sentimientos de la vida ordinaria. Piensa por un momento si en vez de estar aquí, con tu hijo en los brazos, al lado de tu marido, te vieras sola en el mundo, cruelmente separada de tu amado Federico.

—¡Dios mío! exclamó Adela, apoyando con terror su cabeza sobre mi hombro.

—¿Lo ves? Pues bien, en ese caso los infortunios de todos esos desgraciados de teatro te parecerían pálidos al lado de los tuyos; tú te dirás sin duda: Cuando se siente con vehemencia, el drama está en todas partes, en las pequeñas como en las grandes situaciones, y, sin salir del pueblo en que uno vive, de su calle, de su misma casa, puede experimentar tanto trastorno y tanto horror como los reyes de tragedia que ante ellos ven hundirse el universo. Por lo demás, continuó mi tía sonriendo, no vayais á imaginaros, á juzgar por las pomposas frases que me acabais de oír, que mi historia tenga algún interés particular. Nada de eso. Lo que en ella se registra es la decepción en los afectos, la lucha contra las vulgares miserias del mundo. Si os la cuento, será para distraeros presentando á vuestra vista un cuadro de las mezquindades de la vida de provincia; y en ella encontrareis más bien un entretenido paseo por una galería de retratos que una serie de sucesos caracterizados.

—Bien, querida tía, dijo alegremente mi mujer; tan confortablemente instalados como estamos aquí, nada podrá sernos más grato que esa exhibición de provincianos.

.....

Trascribo casi palabra por palabra el relato de la tía Verónica, en el que confieso que hallé interés, porque traía á mi memoria ciertos tipos conocidos en mi primera juventud, antes de aquella memorable época de los 16 años en que, llevado de repente por el *amor scenticæ ferox*, abandoné mi pintoresco campanario de Dinant, por ir á coger los frutos del árbol sagrado en los bancos de la Universidad de Lieja. Todos los provincianos tienen parecido entre sí, y aunque los originales pintados por mi tía han desaparecido hace bastante tiempo, otros muchos podrán reconocerse en la narración; la raza no se ha extinguido, y de sobra se encontrará quien confirme sus asertos.

## I.

En toda novela seria y respetable, dijo mi tía, es costumbre dar comienzo por una descripción de los lugares. Habéis de saber, pues, que mi familia habitaba una casita oscura é irregular, situada en Namur, en la calle de la Basse-Marcelle, y de la que yo no he salido sino para venirme á vivir con vos-

otros, hijos míos. Al final del corredor se hallaba un patio, en cuyo centro se elevaba un acacio. Cuando me acuerdo de aquello, ahora que disfruto de una habitación moderna y elegante, no puedo menos de confesar que nuestra pobre y antigua morada era verdaderamente muy triste. Pero no la encontraba así en otro tiempo; el patio, sobre todo, me parecía muy alegre y agradable. Y es que la infancia lleva consigo por doquier su indiferencia y su buen humor.

A la izquierda, entrando en la casa, había un gabinete que servía de comedor, y en el que estábamos casi siempre; detrás se encontraba la cocina, con salida al patio. Enfrente del comedor, á la derecha del pasillo, se abría un salón bastante espacioso, amueblado con algunas sillas y un sofá de paja, un secreter y una mesa redonda, sobre la cual se lucían dos juegos completos de café de porcelana. Un tercer juego adornaba la estrecha tabla de la chimenea. En las paredes se veían suspendidos cuatro grabados que representaban la muerte de Virginia, la de César, y no sé qué otros episodios de la historia de Roma: tan lujoso conjunto, constituía lo que con solemnidad se llamaba *el estrado*. Allí no se entraba más que en muy contadas ocasiones, y nosotros, los niños, solo penetrábamos con la expresa condición de quitarnos los zapatos. La llave estaba siempre quitada; pero acontecía alguna vez que mi madre guardaba allí provisionalmente algunas cestas de ciruelas ó manzanas, cuyo exquisito aroma daba á aquel santuario un encanto misterioso, lleno de delicias. Cuando esto sucedía, nos deslizábamos detrás de mi madre, en el momento que ella entraba para hacer el arreglo, y aunque no nos atrevíamos á seguirla por completo, aspirábamos al menos desde la puerta á medio cerrar las emanaciones del venerado recinto.

Mi padre era pasante de notario, y lo fué toda su vida, como vereis. Era un hombre excelente, lleno de honradas intenciones y de buen deseo, pero de una debilidad de carácter, de una indolencia de que nada puede dar idea. Su existencia estaba regulada como el movimiento de una máquina; se levantaba é iba todos los días á los mismos sitios á iguales horas, se ponía el sombrero del mismo modo, y cogía el bastón con el mismo ademán. Aún me parece verle salir por la mañana para su estudio, después de inspeccionar las macetas que adornaban el patio, regando

unas y quitando á otras las hojas secas, entraba en el comedor, se daba la última mano de cepillo, se despedía de mi madre con un «hasta luego» pronunciado en alta voz, y salía silbando una canción, siempre la misma por supuesto. El notario Artinchamps, en cuyo estudio trabajaba, vivía cerca de nuestra casa, de suerte que las emigraciones de mi padre eran muy cortas. A las doce y cinco minutos volvía y comíamos, y á las dos se marchaba otra vez á su trabajo, para regresar á las cuatro y revisar nuevamente las macetas. Después, de seis á siete, se iba á leer un periódico y á conversar con algunos amigos á un cafetín que había en la esquina de nuestra calle. A las ocho y media cenábamos, y una hora después todo el mundo estaba ya en la cama. Tal era la vida de mi padre. No comprendo cómo estando sometido á un régimen tan monótono y tan regular se puede conservar un humor alegre y benévolo; para mí, la uniformidad y la monotonía es la muerte; la falta de emociones, de variedad, en vez de calmar mi espíritu, lo irrita y lo exaspera. Mi padre, por el contrario, era siempre igualmente bueno, igualmente dulce; en su alma reinaba un perfecto equilibrio; era el ideal de la ecuación sin incógnita.

Aquella placidez ¿era el resultado de su temperamento ó el fruto de una filosofía bien razonada? No lo sé; pero es lo cierto que, á ser la segunda hipótesis la verdadera, ofrecía el espectáculo de una de las más bellas victorias alcanzadas por la razón sobre el carácter, porque jamás ningún hombre tuvo más motivos de impaciencia y mal humor que mi querido y excelente padre.

Todo lo que él tenía de tranquilo y bondadoso, lo tenía su mujer de adusta y enredadora. Y digo *su mujer*, porque nuestra madre había muerto hacía muchos años, y su puesto fué ocupado por una prima que, en los primeros momentos de su falta, había ido á encargarse del cuidado de la casa, y que insinuándose poco á poco para con mi padre, le decidió al fin á volver á casarse.

Nuestra madrastra iba y venía del gabinete á la cocina, de la cocina al patio, del patio al granero, riñendo á la criada, á mi padre cuando estaba en casa, y á mi hermana y á mí, sin tomarse un momento de reposo ni dejarlo disfrutar á nadie. Y no es que no tuviese buen corazón y honrados principios, sino que su virtud era de las que se asemejan á las uñas de los gatos: no se la veía sin ser

arañado. Nacida en un pequeño centro, é hija mayor de una numerosa familia, su suerte habia sido la de muchos séres de sus circunstancias: poca instruccion, una carga de cuidados demasiado grande para sus débiles hombros, porque sabido es que en las casas humildes la hija mayor empieza muy pronto á compartir con su madre las tareas domésticas, y, para hacer frente á las dificultades, una educacion moral completamente nula. En tales condiciones, el espíritu se atrofia y el carácter se ágría; hé aquí por qué tantas hermanas mayores se hacen gruñonas y son consideradas por los más jóvenes como verdaderos tiranos de la familia.

En el fondo, nuestra madrastra no nos queria á mi hermana y á mí. Los niños no pueden vivir en una casa sin desarreglar los muebles, correr de un lado para otro, y subir y bajar las escaleras; y el menor trastorno bastaba para acentuar el mal humor de *nuestra madre*, puesto que así nos era preciso llamarla. Y no solo no nos queria á ninguna de las dos, sino que á mí me lo demostraba de una manera más marcado que á mi hermana. Esta tenia un carácter bastante despreocupado, muy voluntarioso, y respondia vivamente á los reproches que se la dirigian; no era fácil que ella dejase la última palabra á su interlocutora en las luchas que á cada instante se renovaban; y, cosa singular, esta seguridad imponia á mi madrastra, la cual abandonaba entonces la partida y caia sobre mí todo el peso de su brusco humor. Yo no podia responder á sus violencias, por más que me hicieran sufrir cruelmente; mi dolor, en vez de traducirse en cólera, como el de mi hermana, se replegaba en sí mismo, me concentraba en mi pena. Creo que la naturaleza me habia predestinado á sufrir, porque nada aguza la injusticia regañona de una madrastra como la imperturbable dulzura de su víctima. Además, yo habia advertido la penosa impresion experimentada por mi padre cuando era testigo de aquellas tristes escenas, y creia de mi deber no hacer nada que pudiera aumentar su sentimiento. El instinto de la sensibilidad, la inteligencia del corazon se despiertan muy pronto en las niñas.

Los buenos dias eran aquellos en que mi madrastra iba á visitar á alguno de sus parientes. Esto acontecia generalmente de cuatro á cinco de la tarde; entonces mi hermana y yo nos sentábamos en el patio al lado de mi padre, el cual en tales dias se entretenia más

tiempo que de costumbre en cuidar las flores; hablaba con nosotras, se reia y se ocupaba de formar planes; en fin, entonces, solo entonces, nos considerábamos en familia. ¡Cuánto le queríamos, y qué ganas de llorar sentia en aquellos momentos! Parecia que todos los sollozos reprimidos en pasados dias se agolpaban juntos á mi garganta; que todos mis pesares se reunian para ser confiados. ¡Qué necesidad de expansion experimentaba entonces! Pero súbitamente contenia sollozos y confidencias! Por nada en el mundo hubiera apesadumbrado á mi padre. Además, á los pocos instantes, despues de abrazarme, de sentarme en sus rodillas y contemplarme con ternura, todo lo olvidaba y me sentia dichosa.

—Vamos, hijas mias, decia algunas veces, vuestra madre no volverá hasta la hora de cenar; por lo tanto, vestíos é iremos á dar un paseito.

Al oir estas palabras, saltábamos de gozo. Solia llevarnos fuera de la puerta de Bruselas, hácia un sitio árido y desolado que se llama *La Siberia*. Cogíamos flores, hacíamos montes de piedras, y sobre todo hablábamos libremente con nuestro padre, de quien nos veíamos queridas. ¡Todo el secreto de la felicidad está en eso, hijos mios!

No sé cómo se habia efectuado aquel casamiento. Segun decia mi madrastra, era la mayor locura que habia podido hacer en su vida, una Meuriot, de familia bien acomodada, resignarse á vivir con un mezquino sueldo de 3.000 francos, teniendo que partirlo con dos hijos extraños, alborotadores y enojosos. Pero la verdad era que con 40 años y una figura tosca, podia considerar perdida toda probabilidad de hallar marido, cuando la debilidad y la costumbre hicieron caer á mi padre en sus redes. El era demasiado bueno y paciente para recordárselo, y ella en cambio no cesaba de dirigirle reproches. Era hija de un fabricante de cuchillos que habia hecho buenos negocios; uno de sus hermanos continuaba con éxito el comercio de su padre, y el otro desempeñaba las importantes funciones de oficial primero en el Gobierno provincial. Como se ve, eran gentes de consecuencia. Mi padre, por el contrario, hijo de un sillero, cuya prosperidad habia ido siempre declinando, no hubiera podido terminar sus estudios sin la generosidad del viejo Meuriot, que impulsado por cierta vanidad de familia, habia creido «que se podian sacrificar algunos

suelos por tener un primo notario.» Desgraciadamente aquella esperanza no pudo realizarse. Mi padre había hecho sus estudios en la Universidad de Louvain, y el partido liberal, que llevaba mucho tiempo en el Poder, no hacía ningún nombramiento entre sus adversarios políticos. El porvenir estaba, pues, cerrado, y el resentimiento de la mujer venía á pesar á cada instante sobre el pobre marido.

Cada una de las visitas que ella hacía á sus hermanos producía un cúmulo de reprimaciones cuando volvía á casa á la hora de cenar. Se presentaba con el ceño fruncido, los labios apretados y sin decir palabra, hasta que una observación cualquiera, la pregunta más inocente del mundo formulada por mi padre ó por nosotras, hacía estallar la bomba. Y jamás la prudente máxima del padre de familia, de Goldoni *non gridare á tavola*, fué menos observada de lo que en nuestra casa lo era; porque mi padre, con la cándida inoportunidad de los corazones sanos, elegía siempre el rato de la cena para hablar de algún proyecto, de alguna nueva idea referente á mi hermana ó á mí, lo cual hacía indefectiblemente refunfuñar á mi madrastra:

—¡Siempre estas mocosas!

## II.

—Pues habrá que ir pensando en mandarlas á la escuela,—dijo una noche mi padre.—No saben hacer nada, y Verónica tiene ya cerca de 10 años.

—No me hables de eso; sería tirar el dinero.

—Sin aprender algo, ¿qué va á hacer?

—Ayudarme en casa. Ni coger una aguja sabe. Yo, á su edad cosía de todo, y eso que en mi casa no había necesidad de trabajar!

—Pero, Angélica, ¿cómo quieres que la pobrecita sepa ya coser, si no la has enseñado?

—¡Yo, enseñarla! ¡Tan desocupada creerás que estoy!

—Bueno, la pondremos en las Ursulinas, y allí, en poco tiempo, aprenderá toda clase de labor de mano.

—¿En las Ursulinas? ni pensarlo; no me gustan los conventos.

Mi madrastra era liberal, y Dios sabe por qué. Su hermano, el cuchillero, tenía, ciertamente, opiniones muy avanzadas; pero yo creo que no era este el motivo de las convicciones de mi madrastra. Su espíritu de contradicción y el deseo de contrariar á mi padre (católico de corazón y muy afecto á las

prácticas religiosas) eran, sin duda, las causas.

—¿Qué van á aprender en un convento?—prosiguió ella; á hacer escapularios, picar papeles y estar siempre rezando.

—Mujer, los rezos siempre contribuyen á dar paciencia y resignación, que son dos cosas muy necesarias en el mundo.

—¡Bah! Esta niña no merece la pena de que se gaste uno el dinero en educarla. La dedicaré á la cocina.

—Te equivocas, interrumpió mi padre con un acento de firmeza poco común en él; le prometí á su pobre madre que me cuidaría de su educación, y ya ha perdido mucho tiempo sin ir á la escuela. Además, la hermana Constancia me la está pidiendo sin cesar.

—¿Y qué, haces más caso de la hermana Constancia que de mí? Yo no quiero que las chicas vayan al convento; el otro día, precisamente, decía mi hermano...

—Nada me importa lo que tu hermano dijera, repuso mi padre alzando la voz. Constancia es su tía, es hermana de su madre y tiene derecho á ser consultada. Y sobre todo, yo puedo disponer de mis hijas, y desde mañana irá Verónica á las Ursulinas.

—Corriente; eres muy dueño de sacrificarla. No volveré á mezclarme en nada que á ella se refiera; pero es un disparate... sí, señor, lo es, y Justina, que promete ser inteligente, no seguirá la misma suerte; yo me encargaré de dirigirla de muy distinto modo; la educaré para ser institutriz, y así podrá luego encargarse de sostener á su hermana, que solo sabrá hacer media para vivir.

—Allá veremos, añadió mi padre, que, habiendo desplegado un vigor excepcional, experimentaba ya la necesidad de dar fin á la discusión.

¡Qué alegría para mí! Pasar los días al lado de la hermana Constancia y verme libre de las riñas de mi madrastra, era una dicha providencial. Estaba escrito, sin embargo, que no había de disfrutar de ella sin nuevas dificultades. Mi madrastra, á pesar de su aparente sumisión, no se había considerado vencida. El día siguiente era festivo, y después de la misa fué á casa de su hermano mayor, Jacobo Meuriot, el cuchillero, que vivía en la calle de los Fosos.

## III.

La esposa del cuchillero era una honrada mujer, buena en el fondo, aunque un poco en-

vidiosa de la dicha de los demás. Mi padre, que la veía muy rara vez, la estimaba por su asiduidad en el trabajo, por su puntualidad comercial y acaso también por su fortuna. Por mucha virtud que se tenga, es casi imposible no dejarse imponer por el dinero. Ella era la que llevaba los libros del comercio y quien vigilaba el almacén; lo cual no le impedía dedicar algunos ratos á hacer crochet ó á leer el folletín de algún periódico. ¡Y cuántas veces la he visto derramar lágrimas por la suerte de una Malvina ó de un Edgardo de fantasía! ¡Cosa singular! He observado que no es en las grandes ciudades, en los centros intelectuales más activos, en los que la imaginación se sobrescita más, donde las exuberantes elucubraciones del folletín moderno son mejor acogidas, sino en el fondo de las provincias, en las regiones vulgares en que el espíritu parece dormitar, entre los repletos lugareños cuya rutinaria apatía les ha valido ser comparados á los moluscos por un festivo crítico.

Cuando la señora Meuriot no lloraba por sus héroes de novela, se enternecía por ella misma y especialmente por sus hijos. Su hija mayor tenía 12 años y ya poseía seis docenas de pares de medias hechas por las manos maternas, en previsión de su ajuar de novia.

—Ya se completarán las doce docenas, decía la autora con orgullo.

Y suspirando, añadía:

—¡Qué feliz es en tener madre! ¡Una mujer tiene tanto que sufrir en el mundo!

Explicar la relación que unía estas dos ideas en el cerebro de la buena señora, y la que bajo su punto de vista existía entre la dicha de una mujer y el número de sus pares de medias, sería empresa superior á mis facultades.

Dada la facilidad que tenía para conmoverse y llorar á lágrima viva, desde luego supondreis que su rostro debió perder pronto la frescura y la firmeza de sus líneas. Pero tal como era, ejercía cierto imperio sobre mi padre, y mi madrastra contó con su intervención para impedir que yo fuera al convento.

Felicidad, que así se llamaba, sentía cierta secreta envidia respecto á su cuñada Victorina, la mujer de Adolfo Meuriot, empleado en el Gobierno provincial, sin más razón que la de que Victorina se ufanaba haciendo notar que entre sus maridos había una considerable diferencia de posición. En primer lugar, esta vivía en una casa cerrada. ¿Cómo era

posible que viviese en una tienda, en la que todo el mundo podía entrar, y en la que había que estar al servicio de todo el que entrase?

—No sé,—decía—cómo Felicidad puede soportar eso. Es verdad que á ello está acostumbrada desde niña. Pero yo no podría; yo he sido criada de muy distinto modo.

En efecto; era hija de un médico que al morir le dejó 40.000 francos, cuya herencia le permitía hablar con cierta calma llena de nobleza de «su fortuna personal.» Mas la circunstancia que vino á colocarla sobre un pedestal inaccesible para la rivalidad de la cuchillera, fué la que, habiendo sido nombrado Gobernador de la provincia el Barón de... que, aunque de antigua y pura nobleza, era como su mujer, de carácter sociable y llano, y en tal concepto habían empezado á hacer visitas en todos los círculos, lo mismo entre el comercio que entre los funcionarios administrativos del Gobierno, Victorina no pudo ménos de contar su casa en el número de las favorecidas, y por espacio de quince días estuvo haciendo preparativos en su estrado esperando á la gobernadora; si bien esta se limitó, al fin, á mandar á su cochero que parase delante de la puerta de la casa el tiempo indispensable para dejar una tarjeta. Pero esto no tardó en compensarse con una invitación para el baile que el nuevo Gobernador ofreció á las principales familias de la localidad.

Mucho tiempo después de desaparecer de la escena el Barón de... todavía se conservaba su tarjeta en el espejo de la sala de Victorina, y la de la Baronesa en el fondo de un plato del Japon que ocupaba el velador.

Tal fué el suceso que rompió el equilibrio de la buena armonía entre las dos cuñadas.

Desde entonces, solo hablaba Victorina de poner á su hija en el colegio del Sagrado Corazón, y se daba aires de gran dama protectora. Parecía que había sido elevada á lo alto de una escala de la que la pobre Felicidad solo podía alcanzar los primeros palos. Esta, para vengarse de semejante humillación, no encontró más que un medio: lanzar á cada instante pullas contra los «nobles.» Algunos trozos declamatorios, cogidos de los discursos de su esposo, completaban un vocabulario de injurias respecto á las «gentes de privilegios.» Y hé aquí la razón de no ser partidaria ni de los nobles ni del clero, y por consiguiente tampoco de los conventos. En cuestión de enseñanza, sobre todo, no admitía más que la «laica.»

## IV.

¿Cuál ha sido en todo tiempo la regla fundamental de la diplomacia? Fingir y adular. Desde la serpiente primitiva hasta Maquiavelo, y desde éste hasta los Metternich y Talleyrand de los tiempos modernos, no ha tenido otro principio. Y aun me inclino á creer que se deriva de la naturaleza misma de las cosas, puesto que mi madrastra, que seguramente no habia estudiado ni á Talleyrand ni á Maquiavelo, tuvo naturalmente recursos para llegar á sus fines cerca de la cuchillera.

—¡Dios mio! Felicidad,—exclamó al entrar en su despacho,—que buen semblante tienes hoy. Esa papalina te sienta á las mil maravillas. ¿Dónde la has mandado hacer? Victorina sigue encargándoselas en casa de Mayer.

—¡Oh! Yo no soy una gran señora como ella; yo las compro en casa de Colard, ya sabes, en el mercado del Angel.

—Sí, sí; allí tambien trabajan muy bien. Por lo demás, Victorina, con todos los aires que se da, nunca va bien peinada, y no vale la pena de gastar tanto dinero.

—Como tiene que alternar con Marqueses y Condes... No se hará ella sus papalinas de diario, como yo me hago las mias.

—¡Ah! Es que tú eres muy hacendosa; hay pocas mujeres que te igualen.

—¡Trato de no perder el tiempo, eso es verdad. ¿Quieres ver mi sombrero nuevo?

Mi madrastra se guardó bien de decir que no, y seguimos á su cuñada hasta una habitacion toda llena de armarios, en la que solo me dejó entrar la dueña de la casa despues de hacerme limpiar las suelas del calzado en un felpudo, y recomendarme que no tocara á nada. En aquella pieza tenia Felicidad un abigarrado depósito de tarros de dulce, conservas, cubiertos de plata y varios objetos del mismo metal, ropa blanca, vestidos de seda y una infinidad de sombreros en cajas de carton y envueltos, dentro de ellas, en papel de seda. Uno por uno los fué descubriendo en silencio, y al terminar su operacion se quedó mirando á mi madrastra con un aire de orgullo á la vez que de inquietud.

Yo no sé lo que mi madrastra pensaria; lo que puedo decir es que permaneció algunos instantes sin pronunciar palabra, como desvanecida, contemplando con admiracion el último sombrero. Al fin exclamó:

—Es magnífico, soberbio, lo que se llama un sombrero distinguido.

—¿Verdad que sí?—preguntó Felicidad con expresion de triunfo.

—Es precioso, divino. ¿Te cae bien?

—Vas á verlo.

Y poniéndose delante de un espejo, se encasquetó el sombrero con mil precauciones.

—¿Qué tal?

—Inimitable; no he visto en mi vida nada más bello, ni tú has tenido nunca otro que tan bien te sienta. Es preciso que lo luzcas el domingo próximo que habrá música en la gran plaza despues de la misa de doce. Deseando estoy ya ver qué efecto produce el de Victorina al lado del tuyo.

El sombrero volvió, á su caja y mi tia se puso de nuevo su papalina.

—¿Es este el armario de la niña? preguntó mi madrastra señalando un inmenso mueble lleno de ropa blanca.

—Sí; mira, 72 pares de medias; tres docenas de refajos; otras tres de enaguas finas; más arriba camisas,—porque supongo que Valeria llegará á ser de mi estatura;—pero aún no la he hecho más que dos docenas; estas son chambras; aquellas...

—¡Oh! Increíble parece,—interrumpió mi madrastra—que tú sola hayas podido hacer todo eso.

—¡Ay, querida; no hay como una madre!... Si tú tuvieras hijos, ya verias,—repuso Felicidad enjugándose una lágrima.

—Pero tú eres especial, incomparable... ¿Y qué tal Valeria? ¿Sigue tu ejemplo; es trabajadora? Yo tambien quisiera poner á Verónica en el colegio de las señoras Richard. ¡Valeria es tan aplicada... Si Verónica se le pareciera! Pero desgraciadamente...

—¿Qué?

—Que Delsaux no quiere; se le ha puesto en la cabeza meterla en el convento. Lo que es yo no puedo ver á la hermana Constancia.

—¡Oh! Es una buena mujer; no hay nada que reprocharle. Pero los conventos ya pasaron, querida; hay que marchar con el progreso.

—Eso es lo que yo digo á Delsaux, poniéndole como ejemplo á Valeria. Es tan instruida, tan atenta; tu retrato completo, Felicidad.

—Todos dicen lo mismo. Mas volviendo á lo que decias de tu marido, su proyecto no puede ser más descabellado. Yo le hablaré.

—No me atreva á indicártelo; mas como tienes sobre él tanta influencia...

—Es necesario que las niñas se instruyan convenientemente. Verónica, más que otras,

puesto que ningun patrimonio tiene, y podria verse precisada algun dia á ponerse á servir.

Durante esta conversacion, yo permanecia muda en un rincon, mirando con envidia las cajas de frutas secas; un secreto instinto me advertia, sin embargo, de que mi madrastra tramaba algo contra mí, y escuchaba maquinalmente, cuando la última frase de mi tia abrió repentinamente á mis ojos un horizonte lleno de zozobra.

—Yo no quiero ponerme á servir,—exclamé rompiendo á llorar.—Yo quiero ir al lado de mi tia Constancia.

—¿Ves qué chica? repuso mi madrastra.

Y luego, volviéndose á mí, añadió:

—Usted irá á donde la lleven, señorita.

—Pierde cuidado, que las Sras. Richard le harán ser dulce y obediente. Ven esta tarde con tu marido, y yo me encargo de hacerle entrar en razon.

## V.

Volvimos por la tarde; pero el resultado de la gestion de mi tia no respondió á lo que mi madrastra y ella esperaban, porque mi padre, no sé por qué milagro, se mantuvo en sus trece, y al dia siguiente entré en la escuela de las Ursulinas. Allí me encontraba sin cesar con la hermana de mi madre, que me queria como si fuese su hija, y que me hacia la vida tan agradable como era posible. ¡Cuánto la amaba yo! Me parecia haber hallado á mi madre. Cuando me sentaba á sus pies, en una banqueta, durante la clase, ó cuando me paseaba asida de su mano durante el recreo, me sentia verdaderamente feliz. Así los cinco años que pasé en el convento ejercieron sobre mi carácter y en mi salud la más bienhechora influencia; fueron aquellos los únicos dias de dicha real que he conocido.

Se habia establecido, sin embargo, una especie de compromiso entre mi madrastra y mi padre. Él no tuvo valor para luchar segunda vez, y ella, fiel á su idea, habia conseguido hacer entrar á mi hermana en el colegio de las Sras. Richard.

## VI.

El cuarto año y el quinto de mi educacion los pasé en pension entera. Merced á la hermana Constancia, se habian hecho á mis padres concesiones pecuniarias muy ventajosas; y como mi madrastra no deseaba otra cosa que alejarme del hogar, ella misma intercedió con mi padre para que yo quedase interna

en el convento. Cuando por casualidad iba á pasar algunos dias de vacaciones, encontraba la casa ménos agradable y hospitalaria. Mi padre parecia estar triste y desanimado, y supe, por algunas frases sueltas, que habia experimentado sensibles decepciones en sus esperanzas de porvenir. Habian quedado vacantes varias plazas de notario, y el señor de Artinchamps, que le queria mucho, habia intentado, en vano, que le nombraran. La vida, entretanto, se hacia más cara de dia en dia. Mi abuelo, por toda herencia, nos habia dejado un pedacillo de tierra fuera de la ciudad, cerca de la puerta de Hierro, al que mi padre atribuia un gran valor; él mismo lo cultivaba en sus horas de ocio, y allí nos llevaba en el verano despues de las horas de oficina. La conservacion de aquel pequeño jardin constituia su ocupacion y su felicidad. El valor del terreno no pasaba de 3 ó 4.000 francos, y á la muerte de mi abuelo se habia tratado de venderlo para pagar sus deudas; pero mi padre no tuvo valor para desprenderse de él, y habiendo conseguido del tio Jacobo que le prestara 2.000 francos sobre hipoteca, quedó por nuestro el jardin. Aunque la renta se le pagaba religiosamente, pronto el cuchillero empezó á manifestar deseos de que se le reintegrara el capital. Acaso no pensara él en semejante cosa; pero desde la discusion con motivo de mi entrada en la escuela, y la derrota que su influencia habia sufrido, mi tia Felicidad cambió de actitud respecto á mi padre; su rencor se manifestaba por alusiones punzantes á su falta de fortuna, á la inseguridad de su porvenir, á su imprevision para con sus hijas, etc., etc., y las relaciones de familia eran cada vez ménos amistosas. Yo me apercibí de todo esto poco á poco cuando volví á mi casa en las grandes vacaciones. Los gastos que ocasionaba, aunque insignificantes, se juzgaron demasiado considerables; y mi madrastra me destinó al arreglo de la casa, porque, como ella decia graciosamente, no servia yo para otra cosa.

Cierto es que mi saber no ofrecia nada de notable. En el convento no se llevaban muy lejos los estudios literarios é históricos; por otra parte, persuadida la hermana Constancia de que los talentos de una mujer de su casa eran los primeros que se necesitaban en el círculo en que yo estaba destinada á vivir, habia puesto todo su cuidado en este sentido, y se me enseñó á coser con perfeccion y á que nadie tuviera más orden y método que yo

para el arreglo de las habitaciones y la conservación de las ropas. Tuve la satisfacción de advertir que tales condiciones agradaban á mi padre. Se divertía en verme ir y venir, y con preferencia se dirigía á mí para cualquier cosa de que tenía necesidad en la casa.

—¿Dónde está mi ama de gobierno? preguntaba al entrar.

Y yo salía á su encuentro, le tomaba el sombrero y le ayudaba á mudarse de traje. Luego, cuando se sentaba en su butaca, en el fondo del patio, me llamaba á su lado y me abrazaba tiernamente. Yo, reconociéndome útil á mi padre, creía que no podía desear más. Hubiera querido estar siempre en torno suyo, no ocuparme más que de él, desde por la mañana hasta la noche. ¡Ah! ¡Qué inefable poder tienen la bondad y la dulzura!

Bajo el imperio de aquellos nuevos sentimientos, bien pronto se disipó el pesar que había experimentado al separarme de la hermana Constancia y dejar el convento, y como mi madrastra se dignó mostrarse satisfecha de mi trabajo de aguja, y de mi atención á los cuidados de la casa, no tardé en reconciliarme con la vida del paterno hogar.

Durante quince días, todo marchó bien. Al cabo de ellos, arreglada mi toilette y confeccionado mi nuevo vestido, creyó oportuno mi madrastra llevarme á hacer algunas visitas de familia. Empezamos por el tío Jacobo, que, en su cualidad de hermano mayor, tenía derecho á las primeras manifestaciones de política. Los Meuriot eran muy escrupulosos en cuestión de etiqueta.

Desde mi entrada en el convento había visto á mi tía raras veces; y de mi prima Valeria apenas conservaba el recuerdo de su fisonomía.

## VII.

Mi tío estaba en el patio cuando entramos, y exclamó al verme:

—¡Calle! Aquí tenemos á Verónica. Por fin saliste de tu encierro. Te felicito. Y dirigiéndose á mi madrastra, añadió:

—¡Cómo ha crecido! Pero es preciso, á todo trance, quitarle pronto ese aire de novicia. Vamos, pasad; en el despacho está mi mujer.

Encontré á mi tía lo mismo que la había conocido, sentada junto á la ventana haciendo media. Al verme, levantó sus anteojos y me examinó de piés á cabeza con aire de minuciosa investigación, en el que, preciso es confesarlo, no dominaba la benevolencia. Va-

leria estaba al lado de su madre; había crecido mucho, se hallaba muy bien vestida, y en actitud tan resuelta que yo me sentí como cortada.

—Aquí tienes lo que yo te predije, exclamó mi tía después de los primeros cumplimientos; Verónica es una guapa chica, pero le falta apostura, elegancia, desembarazo... Mira como baja la cabeza. ¡Bah! Esas educaciones de convento no son ya convenientes.

—Tú sabes que no ha sido culpa mía, repuso mi madrastra suspirando.

—¿Querrás creer, añadió mi tía, que en un convite que dimos anteayer á varias personas de nuestra amistad, fué Valeria la que sirvió el café é hizo los honores? Vamos, niña, enseña á tu prima el piano nuevo que tu papá te ha regalado. Ya vereis qué bien toca. Supongo que Verónica no habrá aprendido música. Anda, hija, llévala contigo á ver si la sacas de su entumecimiento.

Y yo seguí á Valeria, toda aturdida, porque el tono protector de mi tía me había turbado. Y cuando en el gabinete de mi prima me hizo ésta oír dos ó tres walses y me enseñó sus dibujos, experimenté el sentimiento de mi inferioridad, y un vivo deseo de llorar me oprimió el corazón.

—¿Sabrás también bordar al mosqueteado y hacer crochet? le pregunté tímidamente.

—¡Yo! Ni pensarlo, chica; no me gustan las labores.

—¡Que no te gustan! Pues á mí mucho. Y si vieras qué cosas he hecho en el convento...

—Quita allá; esas son antiguallas. Además, ¿qué falta me hacen tales habilidades, si mamá se basta para surtir de medias y de puntillas á toda la familia, y aun á toda la población de Namur? Yo bastante tengo con estudiar el piano y con las lecciones de baile que ahora me están dando mis amigas.

—¡Ah! Yo también quisiera saber música.

—Pero no tienes piano, ni siquiera viejo. ¿Sabes las notas?

—Eso sí. Mi tía Constancia me enseñó á solfear, y cantaba con ella en la iglesia.

—Es que para tocar el piano se necesita poseerlo bien y tener un buen instrumento. Por eso papá ha hecho que me traigan de Bruselas este piano nuevo, que es magnífico.

Sin saber por qué, cada vez sentía el corazón más oprimido. La satisfacción de mí misma con que había entrado en aquella casa, disminuía á medida que recorría los departamentos, y mi malestar llegó á su colmo cuan-

do al volver al despacho oí estas palabras de mi tía:

—¿Y qué le vas á hacer? Es una educacion defectuosa, inútil; no puede servirte para nada.

—Es verdad; así lo creo, contestó mi madrastra con tono quejumbroso. En el arreglo de la casa me ayuda bastante, sin embargo.

—¿Y qué? Si su padre muriese, nada tiene que dejarle; por el contrario...

—La plaza d\*\*\* está vacante, y el señor de Artinchamps ha ofrecido á Delsaux renovar sus gestiones.

—Todo eso está bien; pero no se vive con promesas, y cuando se tiene hijos se debe pensar en su porvenir. No comprendo á tu marido, querida.

Al salir de casa de mi tía, mi madrastra no podia disimular su mal humor, y lo dió á conocer en la dureza con que me hablaba. Yo no podia estar más descorazonada. La idea de la muerte de mi padre, evocada por primera vez en mi presencia, me quitó todo valor. Se me figuró que de repente lo habia perdido todo, y que era un objeto inútil para los demás y para mí misma. Hice un violento esfuerzo para contener mis lágrimas, y llegamos á casa de la tía Victorina. Esta segunda visita no fué ménos desconsoladora. La dueña de la casa no tenia ciertamente el grosero *sans façons* de la cuchillera; pero su aire desdenoso, su lenguaje protector nos mortificaron extremadamente. Hizo algunas impertinentes observaciones sobre mi traje, habló de una reunion de señoras que iba á dar, sin invitarnos á ella, y sus últimas palabras á mi madrastra fueron éstas:

—Querida Angélica, procura hacerla tener la cabeza erguida; si no, nunca podrá presentarse en ninguna parte.

Aquello dió al traste con mi valor, y al volver á nuestra casa me deshice en llanto.

—Ya estás viendo, dijo ágriamente mi madrastra á mi padre, lo que valen tus ideas. No han hecho otra cosa todos que llamarme la atencion sobre los defectos de tu hija. Y de sobra he advertido que mis hermanas no la encuentran lo suficientemente instruida para alternar con sus hijas. ¡Si vieras que bien toca Valeria el piano!

—No lo dudo; pero de fijo no sabe gobernar una casa como Verónica, ni ser tan cuidadosa y solícita para con su padre. Para mí estas cualidades valen más que todos los talentos de las otras. Ya sabes, hija mia, añadió

estrechándome entre sus brazos, lo que dice la hermana Constancia: «Sigue tu camino, y el Señor te ayudará.»

Y al recibir su tierno abrazo olvidé mi pesar.

#### VIII.

Cuando mi hermana Justina volvió á casa, en las vacaciones siguientes, reaparecieron en mi memoria las observaciones de mis tías, y sériamente empezó á atormentarme la idea de no saber más.

Justina conocia una multitud de cosas, de las que yo no tenia la más ligera nocion; cosas cuya utilidad práctica era sin duda muy discutible, pero que excitaban vivamente mi interés y mi curiosidad. Ella tenia vastas nociones de historia natural y de botánica; y yo me aficioné tanto á estas ciencias hablando con ella, que resolví trabajar por mi parte para salir de lo que mi madrastra y mis tías llamaban mi inferioridad. Todas las noches, despues que las faenas del dia se hallaban terminadas, y por la mañana temprano en mi cuarto, me dedicaba á leer y escribir, y Justina decia riéndose:

—Si yo tengo algun dia discípulas, quiera el cielo que sean tan aplicadas como tú, Verónica; mi tarea entonces seria muy fácil.

#### IX.

Una circunstancia imprevista vino á dar nuevo giro á mi aficion al estudio,—y aquí es donde se abre la página sentimental de mi existencia.

La familia de Artinchamps, de origen francés, habia perdido su gloria y su esplendor en las locuras disipadoras de uno de sus últimos representantes. El Conde de Artinchamps, abuelo del actual notario, señor muy á la moda cuando estalló la revolucion, habia derrochado ya una gran parte de su fortuna en el juego y en las carreras de caballos, siguiendo la moda inglesa entonces muy en voga. Las necesidades de la emigracion le obligaron á hacer préstamos y combalaches: era una cabeza ligera que en nada podia fijarse. A la vuelta de los Borbones, creyó que el antiguo régimen se iba á restablecer con todas sus magnificencias, y empleó los fondos, que le fueron restituidos, en dar cenas y sesiones de juego en las que el Biribí y el Faraon hacian de las suyas. El objeto de su ambicion fué dar á la nueva sociedad el espectáculo del lujo y de los pasatiempos del gran mundo del

siglo de Luis XV. Afortunadamente, murió bastante pronto para no dejar á su hijo único reducido á la miseria. El jóven, más conocedor que su padre de la marcha de las ideas, se dedicó al trabajo con ardor, y despues de terminar sus estudios se consideró demasiado dichoso obteniendo una plaza de abogado en Namur.

Prosperaron sus negocios, y á su vez hizo estudiar á su hijo, que llegó á ser notario. En cuanto á su hija, habia heredado desgraciadamente el carácter de su abuelo; se avergonzaba de lo que ella llamaba «rebajamiento de su familia,» y no pensaba más que en salir de la esfera vulgar en que la suerte le habia hecho caer. Merced á su nombre y á la pequeña fortuna adquirida por el abogado, concluyó por hacer, como ella lo decia con orgullo, «un soberbio casamiento»; es decir, que se casó con un desgraciado noble, arruinado por desórdenes de todas clases, el cual la dejó viuda á los pocos años, con un niño, un capital muy cercenado, y por todo recurso, el retumbante título de vizcondesa de Raucourt. La pobre gran señora no sobrevivió mucho tiempo á su marido, y el notario Artinchamps, tan buena persona como era, se llevó á su casa al niño Emilio para encargarse de su educacion. Además, como no se habia casado, se creó adoptando al niño un interés en su vida, y le consagró un verdadero cariño.

Emilio tenia 20 años cuando yo volví á casa de mi padre. El notario le hacia dedicarse al estudio, con intencion de que le reemplazara, á cuyo fin le iba iniciando poco á poco en los negocios. El discípulo, sin embargo, no mostraba tanta asiduidad en el trabajo como hubiera querido su maestro; y el notario, cuya salud se debilitaba mucho, no tenia ya, con frecuencia, la energía indispensable para el papel de mentor.

Emilio tenia un corazon excelente y maneras seductoras, pero un carácter muy ligero, incapaz de formar planes sólidos y ajustarse á ellos. El Sr. de Artinchamps, que se cansaba inútilmente en morigerar á su sobrino, suplicó á mi padre que le ayudase en su empeño; y desde entonces vino Emilio diariamente á nuestra casa á repasar con mi padre un curso de derecho fiscal.

Yo asistia con frecuencia á sus conversaciones, que tenian lugar en el patio cuando hacia buen tiempo, y sucedia muchas veces que Emilio se quedaba á cenar con nosotros

despues de sus lecciones. Nos habiamos conocido siendo niños, y experimentaba yo un verdadero placer en la compañía de mi antiguo compañero de juegos.

Emilio era alegre y poseia ese humor fácil, esos modales de hijo de buena casa que tanto encanto tienen en un jóven. Mi timidez se fué venciendo, y pronto llegó á ser él mi consejero y el confidente de todos mis enojillos.

—Tú no estás contenta, Verónica, me dijo, viéndome sentada en un rincon el dia siguiente al de la partida de mi hermana para el colegio; sueñas despierta, y tu obra desaparece en un momento.

—Es verdad que no estoy contenta; pero no hay que decírselo á papá.

—¿Y yo tampoco puedo saber lo que te apena?

—¡Tú! ¿por qué no? Papá está muy satisfecho de mí y no quisiera causarle pesar; mas el caso es que yo tambien quisiera hacerme sabia como Justina.

—¡Bah! exclamó Emilio echándose á reir. ¡Como es tan poco pretenciosa esa señorita!... Yo opino, como tu padre, que vales bastante como eres; y por mi parte no quisiera que cambiases.

Yo me ruboricé al oir este elogio, y advertí que un sentimiento de indefinible satisfaccion se apoderó de mi alma.

—Sin embargo, repuse, debe ser tan agradable conocer muchas cosas, y sobre todo, leer libros divertidos...

—En cuanto á libros, yo puedo prestártelos; pero ¿cuándo tendrás tiempo de leerlos? siempre estás ocupada, y además la señora Delsaux...

—¡Oh! mi madastra no lo sabrá; ella no viene casi nunca á mi cuarto, y en un dia largo hay muchos ratitos que aprovechar. La música, desgraciadamente, no la podré aprender jamás, como Valeria Meuriot.

—Si en algo te parecieses á Valeria, repuso Emilio, me marchaba para no volver en mi vida. No conozco nada más fastidioso que sus trozos de piano, á no ser el tricot de su madre.

—Es muy bonito, sin embargo, en sociedad, saber ejecutar algunos trozos de música, y yo sigo sin poseer ninguna habilidad.

—Pero sabes hablar razonablemente. Además, ¿qué falta te hace ir á reuniones? Las de tu tia Felicidad deben parecerse á las de tu tia Victorina. Tus primas y sus madres están llenas de pretensiones ridículas. Vale más

ser, como tú eres, sencilla y cándida, que formar parte de ese enjambre de medianías.

Y tras de estas palabras, empezó á bromear sobre las *soirees* de los Meuriot, burlándose tan alegremente de mis temores de vanidad, que se desvanecieron como por encanto. Se habia apoderado de mí una secreta envidia respecto á las perfecciones de mis primas, y experimenté una dicha inexplicable al oír á Emilio declarar francamente que me preferia á ellas. No obstante, nuestra conversacion no dejó de tener resultado sério. Al dia siguiente me llevó algunos cuentos de Miss Edgeworth traducidos del inglés, y despues el *Ivanhoë* de Walter Scott, que abrió, puedo decirlo, un nuevo horizonte á mi existencia. La lectura de las admirables novelas del autor escocés exigia conocimientos históricos más extensos que los que yo poseia aún. Mi espíritu curioso no se contentaba con explicaciones incompletas; y el mismo Emilio tuvo que leer mucho para poder venir en mi ayuda. Este cambio diario de ideas nos ligó cada vez más.

No podria decirnos cuánto varió de aspecto mi vida bajo aquella influencia. El cuidado de la casa, que se habia ido haciendo cada vez más pesado desde que despedimos á la criada, caia sobre mí casi por completo; yo tenia que ir á la compra, y para salvar la susceptibilidad de amor propio de mi madastra, salia muy temprano á fin de que no me viese ninguno de sus conocidos; despues me veia precisada á cuidarme de todo en la casa, pero mis esfuerzos no llegaban nunca á conseguir cambiar el mal humor engendrado por una escasez constante de dinero. Todo lo soportaba, sin embargo, alegremente; en medio del trabajo, mil ideas agradables y nuevas ocupaban mi imaginacion; un sentimiento de dicha hasta entonces desconocido llenaba mi corazon, y la esperanza de las lecturas ó de las conversaciones con Emilio acertaba para mí la duracion de los dias.

Os asombrareis, tal vez, de que en el estado de penuria de que acabo de hablaros, continuaran mis padres dejando á mi hermana en el colegio; pero esto es uno de esos misterios del corazon humano, ó por no emplear tan pomposa frase, uno de esos cálculos del orgullo á que frecuentemente se obedece en el mundo. En la lucha de pueril vanidad sor-damente entablada entre mi madastra y sus hermanas, lucha en que la primera habia sido vencida bajo tantos conceptos, le habia que-

dado un punto, al ménos: la igualdad de educacion de Justina y de sus hijas. Retirar á mi hermana de la pension de moda, hubiera sido declarar al mundo entero que mi madastra se consideraba como derrotada é incapaz de sostener el mismo rango que su familia.

—Ante todo, decia ella, es preciso salvar las apariencias. Lo que hacemos dentro de casa nadie viene á verlo.

Y mi padre la dejaba hacer. Era, como ya he dicho, de carácter pasivo. Y al verme ir y venir alegremente por la casa, no preguntaba más. A veces le ocurría exclamar:

—¿Por qué no ha de hacer Justina lo que su hermana? ¿De qué le van á servir todas esas cosas que aprende?

Pero mi madastra respondia siempre invariablemente:

—¡Pues bonito efecto haria en el mundo el retirarla del colegio! Por lo demás, tú has hecho tu gusto respecto á Verónica; déjame que yo haga el mio en cuanto á Justina.

Y la discusion se terminaba.

## X.

Así marchaban las cosas, hacia un año, cuando una mañana llamó el notario á mi padre y le anunció que pensaba marcharse á Italia.

—Amigo mio, le dijo, mi salud se debilita, y si quiero tirar todavía un año ó dos, preciso es que vaya á respirar un aire más templado.

—¿Y nuestro estudio? exclamó mi padre, atónito.

—Usted se encargará de él, puesto que tan al corriente se halla de todos los negocios como yo; le dejaré plenos poderes y esto aumentará sus derechos. Emilio es todavía demasiado jóven, y Vd. será quien me suceda.

Y como mi padre, en extremo conmovido, nada respondiese, añadió el Sr. de Artinchamps:

—Mi querido Delsaux, mi antiguo camarada, es preciso que me prometa Vd. tener cuidado de Emilio; él le quiere á Vd. mucho, tiene confianza con Vd...

—¡Oh! repuso mi padre, lo que es ahora trabaja bien; puede Vd. estar satisfecho.

—En efecto, me parece que se muestra más asiduo que antes; pero conviene no olvidar que es inconstante y ligero; hay que vigilarle de cerca. Yo le dejaré á Vd. facultades sobre él, amigo mio. Usted que ha sabido influir en su carácter, cosa que á mí no me ha sido po-

sible, debe seguir haciendo uso de su influencia para mantenerle en el buen camino.

—Lo prometo, dijo mi padre.

(Concluirá.)

E. LAGRANGE.

## VERDI.

### RECUERDOS ANECDÓTICOS.

Las noticias que me propongo reunir en este lugar referentes al autor de *Aida* y de *Rigoletto*, son completamente desconocidas en Francia. La mayor parte de ellas son poco conocidas aun en Italia, y de todos modos nadie las ha reunido y coordinado con el objeto que aquí tienen; esto es, para que sirvan de complemento á cuanto hasta el día se conoce acerca de la vida de Verdi y ofrezcan á los futuros biógrafos del maestro todos los elementos necesarios para trabajos de esta naturaleza.

Deseo que no se interpreten torcidamente ni mi deseo ni el fin que me he propuesto. De ningun modo pretendo escribir una biografía formal de Verdi; ménos aún una historia más ó ménos regular de su vida, y mucho ménos un análisis de sus obras, de las cuales no me ocuparé en el trascurso de estas líneas, sino en lo concerniente á la parte histórica de la produccion de aquellas ó de su presentacion al público. He recogido sencillamente un puñado de detalles y de noticias dignos de interés, del maestro italiano; detalles y noticias cuidadosamente anotados por mí al correr de mis trabajos y de mis lecturas, ó durante el curso de mis entrevistas con varios artistas compatriotas de Verdi; abro las manos para que caigan de ellas todos esos hechos que merecen ser conocidos, todos esos recuerdos que tienen una utilidad innegable, todas esas anécdotas que prestarán más tarde precio y sabor á la futura historia de la vida y la carrera de un artista ilustre, de un artista que habrá sido la gloria de su país y que durante largos años habrá ocupado al mundo entero.

Séame, pues, dispensado el descuido aparente é inevitable que dejará ver quizá este pequeño trabajo. Deseando evitar repeticiones de lo conocido, circunscribiéndome en absoluto á lo que se ignora, dejaré forzosamente en esta relacion, un tanto descosida, vacíos y lagunas. No debe olvidarse que estos

capítulos rápidos están únicamente destinados, los unos á poner en luz algunos puntos oscuros de la vida de Verdi, los otros á servir de complemento á las biografías de que el maestro podrá ser objeto en adelante. No me cansaré de decir, aun estando, como lo estoy, persuadido de la utilidad de esta obrita, cuán modesta juzgo la tarea que me he impuesto.

### I.

Ante todo, necesito restablecer con exactitud la fecha y el lugar de nacimiento del gran músico italiano. Verdi no ha nacido, ni el 9 de Octubre de 1814, ni aun en Busseto, como lo han dicho y repetido todos sus biógrafos, sino en 1813 en Roncole, pequeña aldea de 200 habitantes, distante tres millas de Busseto, y que forma tambien parte del antiguo ducado de Parma. Su padre y su madre, Carlo y Luigia Verdi (Luigia Utini de Verdi) tenían en aquella pobre aldea una modestísima *osteria*, cuyos rendimientos estaban lejos de satisfacer las necesidades de la pequeña familia, por cuya razon habían unido al producto de esta *osteria* el de una tiendecita en la cual vendian al por menor licores, café, azúcar, tabaco y otras drogas del mismo género. Todas las semanas Carlos Verdi iba á Busseto á comprar las provisiones que necesitaba y las tomaba en casa de un excelente hombre, Antonio Barezzi, que tenia almacén de comestibles y fábrica de licores, regresando á pié y llevando á la espalda las cestas de las provisiones. Antonio Barezzi, como se verá más adelante, ha ocupado un gran lugar en la existencia del jóven Verdi.

Educado por su madre que lo adoraba, el niño era juicioso, tranquilo y obediente. Más sério de lo natural en su edad y de un carácter tímido y concentrado, nunca habia necesidad de castigarle y casi nunca de corregirle. Una sola cosa producía en él la expansion y le causaba gran júbilo: la vista y los sonidos de un órgano de barbaria cuando un músico ambulante se presentaba en el pueblo. En este caso no se podia retener en su casa al jóven Verdi, el cual seguía por todo el pueblo al instrumento popular.

Sabido es que la audicion de las bandas militares hizo germinar en Lesueur el amor á la música; la de los órganos mecánicos produjo en Verdi el mismo resultado. Pero ¿por qué milagro de la casualidad el hijo del adeaño de Roncole se encontró desde sus primeros años poseedor de un clavicordio y pudo

ejercitar sus deditos sobre un teclado? Vamos á saberlo enseguida. El hecho es cierto, porque Verdi ha conservado este instrumento, y una fecha nos enseña desde qué época se servía de él. M. Chislanzoni, su colaborador actual, da detalles precisos en este punto, dando á conocer al mismo tiempo la casa en que pasaron los primeros años del jóven maestro.

«La casa en que nació Verdi se halla á tres millas de Busseto, y yo la he visitado con profunda emocion. Figuráos una especie de casucha de piedra y de cal, casi aislada en medio de una fértil llanura sembrada de maíz, y comprendereis que un artista nacido en semejante sitio debe conservar para toda su vida amor á la soledad. A algunos pasos de la humilde casita, en la cual una humilde aldeana vende hoy vino á los *contadini* de las cercanías, se eleva una iglesia de majestuosa y bella arquitectura. En esta iglesia, á la edad de 15 años, el jóven discípulo de la escuela de Busseto tocaba el órgano sin interrupcion, saturando su espíritu ardiente de místicas inspiraciones. Del órgano de la iglesia pasaba al clavicordio de la casa paterna, y todo un mundo de esperanzas, de ilusiones, de delirios sublimes rodeaban al pálido adolescente en aquella estrecha habitacion, especie de oasis perdido en el desierto de campiñas interminables.

»Me enseñaron el cuarto que habitaba el niño predestinado. Mas tarde en la *villa* de Santa Agata vi tambien el primer instrumento en el cual se habian ejercitado sus dedos. Este clavicordio no tiene ya cuerdas y está desprovisto de la cubierta. Su teclado parece la mandíbula de un cráneo con dientes largos y descarnados. Y sin embargo, ¡qué precioso monumento! ¡Cuántos recuerdos para el artista que ha vertido sobre él lágrimas fecundas de atormentada adolescencia! ¡Cuántas emociones sublimes para quien lo ve y lo interroga!

»Porque yo lo interrogué. Levanté uno de los marteillos del teclado que dejaba entrever algunas cifras y pude leer palabras tan ingenuas como sublimes, palabras que revelaban al mismo tiempo que el acto generoso de un artesano, parecían una concienzuda profecía. Mis lectores me agradecerán que reproduzca aquí esta inscripcion en toda su testual sencillez. Creeria cometer una profanacion corrigiendo las ligeras inexactitudes ortográficas que contiene.

»*Da me Stefano Cavaletti fu fatto di nuovo*

*questi saltarelli, e impenati á corame, é vi adattui la pedagliera che io ci ho regalato; comé anche gratuitamente ci ho fatto di nuovo li detti salarelli vedendo la buona disposizione che ha il giovinetto Giuseppe Verdi d'imparare á suonare questo istrumento, che questo mi basta peresser, ne del tutto sodisfatto.—Anno Domini 1821.»*

La traduccion es la siguiente:

«Yo, Estéfano Cavaletti hice de nuevo los macillos de este instrumento cubriéndolos de cueros, y adapté tambien un pedal que yo regalo; y he hecho gratuitamente ambos trabajos al ver la buena disposicion que demuestra el jovencito Guiseppe Verdi para tocar este instrumento; que esto me basta para quedar del todo satisfecho.—Año del Señor 1821.»

Se ve, pues, que Verdi estudió música desde su más tierna infancia, puesto que en 1821, año en que un artesano benévolo reparaba graciosa y espontáneamente un instrumento que ya no servía, el niño tenia apenas ocho años.

Hé aquí de qué manera dió su primera leccion.

La única iglesia de Roncole poseia un órgano. El artista que desempeñaba las funciones de organista era viejo y los padres del jóven Verdi, viendo la aficion precoz de su hijo, pensaron que si le confiaban á sus cuidados podria llegar á ser organista y reemplazar un dia á su viejo maestro en el servicio de la parroquia. Su ambicion no iba más lejos, y todo su deseo reduciase á que su hijo al cabo de algunos años pudiera ayudar á la familia, que además del padre y de la madre se componia de una hermana de esta última. Esta tia de Verdi murió en la época en que el jóven completaba su educacion musical en Milán.

El organista de Roncole fué, pues, el primer maestro del futuro autor de *Nabucco*, y el clavicordio de que hemos hablado fué comprado por aquella época á un viejo clérigo de Busseto que lo poseia.

Despues de tres años de estudios, los progresos del niño habian sido tan rápidos que pudo ser nombrado como deseaban sus padres organista titular de la iglesia de Roncole. Pero al cabo de poco tiempo su padre, cuidadoso de su porvenir y queriendo darle por lo ménos una instruccion elemental que no hubiera podido encontrar en su aldea, tomó la resolucion de enviarlo á Busseto para que frecuentase una escuela. Era un gran sacrificio para el pobre hombre, que no tenia

fortuna, pero afortunadamente para el niño vivía en Busseto un zapatero de viejo á quien se designaba con el apodo de *Pugnatta*, compatriota y amigo de su padre; este honrado trabajador consintió en tomarlo en pension y encargarse de él mediante una retribucion de 30 céntimos por dia. El jóven Verdi fué, pues, enviado á casa de *Pugnatta* al mismo tiempo que otro robusto jóven de la aldea llamado Michiara.

Apenas llegado á Busseto, el niño empezó á concurrir á la escuela. Sério, estudioso y reflexivo, solo pensaba en el trabajo, del cual nada le distraia y nunca tomaba parte en los juegos de sus compañeros. Además, y á pesar de su alejamiento relativo, no habia abandonado sus funciones de organista, de suerte que todos los domingos y dias de fiesta se dirigia á pié á Roncole para cumplir su obligacion en la parroquia. Su sueldo era pequeño; comprendiendo los matrimonios, los bautizos y los entierros no pasaba de 100 francos al año; pero á este sueldo se añadía segun costumbre en vigor en aquella época, el producto de la colecta que hacia por sí mismo cada año en los dias de la recoleccion del trigo y del maiz.

Yendo un dia de Busseto á Roncole, á la edad de 12 años, estuvo á punto de perecer de un modo singular. Era el dia de año nuevo é iba á tocar en la misa de alba. Caminaba antes de amanecer, y en la oscuridad no vió el jóven una zanja llena de agua en la cual cayó y de la que aterido por el frio no podia salir á pesar de sus esfuerzos. Por fortuna una aldeana que pasaba cerca oyó sus gritos y pudo sacarle del agua. Sin el auxilio de esta mujer, Verdi hubiera muerto infaliblemente, y la Italia habria tenido un artista ménos.

No era la primera vez que Verdi escapaba á la muerte. Hé aquí otro hecho tan desconocido como el que dejo consignado. En 1814, cuando los reveses de los ejércitos franceses, los rusos y los austriacos que invadieron la Italia llegaron cerca de la aldea de Roncole. Los soldados rusos, que se distinguian por su crueldad, destruian todo lo que encontraban á su paso, matando sin piedad á los habitantes y quemando las casas. Las mujeres de Roncole, aterrorizadas se refugiaron en la iglesia con sus hijos esperando escapar así á la barba de la soldadesca. Pero los rusos, sin respetar nada, invadieron la iglesia cuyo pavimento se vió pronto manchado de sangre. La madre de Verdi, que tenia á su hijo al

pecho, tuvo serenidad bastante para subir por la escalera sin ser vista y esconderse en el campanario, donde permanecié hasta que todo pasó, y de este modo pudo salvar á su hijo.

Despues de una estancia en Busseto de dos años, que el niño Verdi aprovechó activamente, sabia leer, escribir y contar, sin haber dejado un instante de ocuparse de música. Además, era tan razonable que, gracias á sus relaciones con el comerciante Antonio Barezzi, que, como hemos dicho, dirigia una destilacion y fábrica de licores, su padre pudo obtener para él un pequeño empleo en casa de este excelente hombre. Su entrada en la casa fué una felicidad para el jóven, y decidió de su porvenir.

## II.

Busseto es una pequeña ciudad de cerca de tres mil habitantes, en la cual, segun se dice, ha dominado siempre ardiente pasion por la música. Para demostrarlo el autor de la *Historia de Parma*, Ireneo Affo, refiere que cuando el Emperador Carlos V y el Papa Pablo III se reunieron en Busseto, los aficionados de la ciudad salieron á su encuentro, festejando, con ayuda de la música, la llegada de los augustos personajes. El pintor Biaggio Martini ha recordado este hecho en un cuadro que se encuentra en el Museo de Parma. Más tarde, en el curso del siglo XVII, cuando la horrible peste que diezmo á Italia, los habitantes de Busseto fueron especialmente atacados por la plaga, que redujo la poblacion á cerca de la mitad. Un hecho conmovedor ocurrié entonces: los que morian sin herederos tuvieron la idea de consagrar sus bienes á la fundacion de un Monte de Piedad destinado por una parte al socorro de los pobres, y por otra á facilitar en el porvenir á cierto número de jóvenes de vocacion el estudio de las ciencias y las bellas artes. De este modo se crearon lotes en favor de algunos hijos de familias pobres que, despues de haber hecho sus primeros estudios en el país, podian trasladarse á la Universidad para aprender, segun su vocacion y sus facultades, la medicina, el derecho, las matemáticas, la pintura ó la música.

Gracias á estas inteligentes liberalidades, el jóven Verdi llegó á ser uno de los protegidos del Monte de Piedad de Busseto; pero es preciso añadir que, sobre todo, al apoyo y afecto de Antonio Barezzi, su excelente maestro, y á las facilidades de toda especie que en-

contró en su casa para el estudio de la música, debió el jóven haber llegado á ser un gran artista.

El *Monte de Piedad y de Abundancia* de Busseto disponia de cuatro lotes en favor de otros tantos jóvenes pobres que desearan abrazar una carrera liberal. Uno de estos lotes fué concedido á Verdi cuando se trató de enviarle á completar su educacion musical en Milán. En 1876, siendo ya el gran artista que conoce el mundo, quiso el compositor demostrar su gratitud al establecimiento que le habia ayudado, y al efecto le formó una renta perpétua de 1.000 francos, destinada á elevar á cinco el número de lotes ó pensiones del Monte de Piedad.

Barezzi era tambien un gran aficionado á la música; la practicaba con amor, ejecutando la parte de primer flauta en la capilla de la catedral de Busseto; conocia todos los instrumentos de viento, y tocaba con gran habilidad el clarinete, el corno y el ofideide; su casa era el punto de reunion de la Sociedad filarmónica de la ciudad, de la cual era el presidente y el protector; el director era el maestro de capilla Giovanni Provesi, organista de la catedral. En casa de Barezzi se hacian los ensayos y se preparaban los estudios de la Sociedad, y en uno de sus salones se daban los conciertos y las grandes sesiones musicales.

Se comprende que la imaginacion del jóven Verdi, que vivia en aquella casa, trabajaba singularmente en un medio muy propicio á sus deseos, á sus inclinaciones y á sus tendencias. En breve, y sin descuidar ninguna de las ocupaciones de que estaba encargado, empezó á ocuparse activamente de música, se dedicó á escuchar con atencion todo lo que se hacia en casa de Barezzi, y se puso á trascribir y copiar partituras con tal ardor y tal asiduidad, que llamó la atencion de su maestro y del viejo Provesi, que le habia tomado mucho afecto. El pobre clavicordio de que hemos hablado sonaba continuamente, aunque Barezzi, viendo el ardor del jóven y juzgando insuficiente dicho instrumento, le permitia trabajar en el excelente piano del fabricante Fritz, de Viena, que tenia para los estudios de su hija. Entonces Verdi conoció á la jóven Margarita Barezzi, que algunos años más tarde debia ser su esposa. El viejo Provesi, que era un compositor bastante bueno y un gran contrapuntista, y que veia con mucho gusto la inteligencia precoz del niño

y su amor al arte, se ofreció á darle lecciones, ayudándole así á continuar su educacion musical.

Compréndese perfectamente que Verdi no se hizo de rogar, y una vez discípulo de Provesi se puso al estudio con un afan que no se debilitaba nunca. Al cabo de dos años, Provesi declaraba ingénuamente que su discípulo sabia más que él, y no podia enseñarle nada. «Irá lejos, añadia, y será un gran maestro.» El jóven tenia entonces 16 años, y Provesi, cuya edad le impedia ciertos trabajos, se hacia reemplazar por él en la direccion de la Sociedad filarmónica. Para el servicio de esta Sociedad, Verdi empezó á escribir diferentes trozos; los componia, los instrumentaba, los copiaba él mismo y los hacia estudiar á su orquesta, dirigiendo la ejecucion de las sesiones. Los trozos en cuestion se conservan todavia en los archivos filarmónicos de Busseto. En la misma época tambien sustituia Verdi algunas veces á Provesi en el órgano de la catedral.

Una de las ocupaciones más singulares de Verdi en la Sociedad filarmónica de Busseto consistia en enseñar á tocar la viola á un miembro de la misma, ciego de nacimiento, que se llamara *Donnino il cieco*. Músico de inspiracion é improvisador sorprendente, este artista tocaba, segun se dice, admirablemente el órgano, y maravillaba á su auditorio cuando se sentaba delante del gran instrumento. Verdi tenia la paciencia de tocarle en su clavicordio hasta que Donnino la aprendiese de memoria, su parte de viola en las obras que debian ejecutarse, y de este modo le puso en estado de tocar sin equivocarse una nota, las overturas del *Barbieri* y de la *Cenerentola* y de otras obras y hasta cuartetos clásicos. La persona que me ha referido estos hechos añadió que *Donnino il cieco* murió jóven, tísico y víctima de su pasion por los licores fuertes.

Una pequeña ciudad como Busseto no ofrecia los elementos necesarios á la actividad de un jóven artista ambicioso y de porvenir. No tardó en comprenderlo así, y comunicó sus ideas á sus dos protectores Barezzi y Provesi, que le querian como á un hijo. Milán no estaba lejos; Milán, la ciudad musical por excelencia de la alta Italia, la gran ciudad activa y laboriosa cuyo movimiento artístico es tan intenso y considerable. Pensóse, pues, en hacer ir á Verdi á Milán, instalarle allí y que terminara por completo sus estudios. Barezzi

se ocupó en facilitarle los medios, y consiguió que el Monte de Piedad concediera al joven compositor una de las pensiones de que podía disponer, con la excepción de aumentar á un doble la asignación, que era de 300 francos al año, y que para Verdi fué de 600, pero limitando á dos años la pensión en vez de cuatro.

Pero como esto no era bastante, el excelente Barezzi atendió con su peculio particular á las demás necesidades de su protegido y le adelantó el dinero necesario para pagar su pupilage y lecciones en la ciudad lombarda. Algunos años despues Verdi reintegró á Barrezzi sus adelantos con el primer dinero que ganó.

Recomendado eficazmente á Giuseppe Seletti, profesor en el Gimnasio, hermano de un canónigo de Busseto y amigo de Barezzi, Verdi partió para Milan, donde fué recibido con los brazos abiertos por Seletti, el cual no le permitió que viviera más que en su casa.

### III.

Apenas llegado á Milán y sin haber tenido tiempo de enterarse, Verdi se presentó á los exámenes de admision del Conservatorio, entonces dirigido por el anciano Francisco Basily. A pesar del gran valor de este artista distinguido, se sabe que carecia en absoluto de ideal y de pasión musical, y que era profesor seco y teórico rígido más que artista, en el sentido noble y elevado de la palabra. Verdi se vió rechazado por él bajo pretexto de que no demostraba disposiciones musicales. Fatis, no queriendo admitir que Basily se hubiese equivocado en aquella circunstancia, da singulares razones para justificar su determinación.

«Basily, dice, intentó buscar en el aspecto de Verdi alguna indicación de las facultades de artista, porque *de este modo es como el jefe de una escuela puede apreciar en la mayor parte de los casos las probabilidades de porvenir de un aspirante*. Para los que hayan visto al autor de *Rigoletto* y de *El Trovador*, ó solamente su retrato, es evidente que nunca fisonomía alguna de compositor fué menos reveladora del talento. Ese exterior helado, esa impasibilidad de ademanes y de actitud, esos labios delgados, ese conjunto de acero pueden revelar inteligencia, pueden ocultar á un diplomático; pero nadie puede descubrir los movimientos apasionados del alma que presiden á la creación de las hermosas obras de la más conmovedora de las artes.»

No quiero discutir; refiero y copio, pero sin poder reprimir una sonrisa.

Rechazado de la gran escuela á que hubiera pertenecido con orgullo, Verdi no se desanimó, y pensó en elegir un maestro que pudiera guiarle por el buen camino y terminar su educación. La idea de presentarse en casa del maestro Lavigna le fué sugerida por su huésped Seletti, hombre de sano consejo que ya le profesaba gran afección, y que en verdad tuvo un gran acierto. El compositor Vincenzo Lavigna, antiguo discípulo del Conservatorio de Nápoles, llenaba en aquella época las funciones de *maestro al cembalo* en el teatro de la Scala. Músico ejercitado, armonista hábil, tenia entonces cincuenta y tantos años y era conocido por cierto número de obras dramáticas, de las cuales algunas habian obtenido éxitos reales: *La Muta per amore*, *L'Idolo di se stesso*, *L'Impostore avvilito*, *Coriolano*, *Di posta ni posta*, *Zairá*, etc.

Verdi se dirigió á él enseñándole las mismas composiciones que habia presentado á Basily. Despues de haber examinado estos ensayos, Lavigna consintió con gusto en consagrar sus cuidados al joven artista que los solicitaba, y no tuvo ocasión de arrepentirse, porque los progresos fueron muy rápidos é hicieron honor á la enseñanza del maestro. Barezzi, cuya solicitud no decaía un instante y que desde lejos vigilaba á su protegido, recogió las pruebas más evidentes.—Habiéndose trasladado un dia á Milán para informarse por sí mismo, se presentó en casa de Lavigna y cuando le preguntó lo que pensaba de su discípulo, el profesor se mostró encantado, contestando: «Giuseppe es un buen joven, estudioso, de gran inteligencia y estoy seguro de que hará honor á su maestro y á su patria.»

Verdi empezaba entonces á darse á conocer y hacerse apreciar entre los artistas. Un hecho dará la prueba.

Existia entonces en Milán, y existe hoy todavía, una sociedad de aficionados, conocida con el nombre de *Società filodrammatica*, que poseía un teatro y que cada viernes daba una sesión artística. Esta sociedad se preparaba á hacer oír en el curso del año 1831 *La creación* de Haydn, pero el *maestro* que presidia los estudios, asustado por la dificultad de su tarea, no podia llegar á un resultado conveniente. Viendo esto un tal Masini, profesor de canto, que dirigia la parte vocal, dijo un dia á los directores, que eran personas de la nobleza de la ciudad:

—No conozco más que un muchacho que pueda sacarnos de este compromiso: el *maestrino*.

—¿Quién es el *maestrino*? preguntó el Conde Visconti.

—Se llama Verdi, añadió Masini, y lee á primera vista las partituras más difíciles y más embrolladas.

—Pues bien, exclamó el Duque, que venga el *maestrino*.

Masini corrió en busca de Verdi, que se hallaba en aquel momento en uno de los más difíciles estudios con Lavigna, y lo llevó al teatro filodramático, donde le pusieron delante de la partitura de la *Creacion*. Verdi se puso en seguida á dirigir la ejecucion, é hizo dos ensayos seguidos. Cuéntase, que al empezar el tercer ensayo, un joven *maestro*, envidioso, colocó maliciosamente la partitura al revés sobre el atril, y Verdi la conservó de aquella manera, dirigiendo el tercer ensayo admirablemente en medio de la sorpresa de todos.

La ejecucion pública de la obra maestra de Haydn se verificó bajo la direccion de Verdi, y fué por todos conceptos excelente.

Verdi se dedicaba entonces con gran ardor á componer, y escribía mucho. De aquella época datan varios trozos de piano, marchas, overturas, serenatas, diversas cantatas, melodías vocales y hasta un *Stabat Mater* y varias composiciones religiosas.

Nada de esto se ha publicado, pero algunos de estos trozos tienen su historia: la mayor parte de las marchas estaban escritas para la sociedad filarmónica de Busseto, á la cual las enviaba para ser ejecutadas en las procesiones del *Corpus* ó del Viernes Santo, y una de ellas, que tenía una parte importante de trompeta de llaves (instrumento cuya invencion era muy reciente y que tocaba admirablemente Orlando Barezzi, hermano del bienhechor de Verdi) sirvió más tarde para establecer la marcha fúnebre de *Nabucco*. Las overturas fueron ejecutadas en el teatro de la Scala en las sesiones dadas á beneficio del *Pio istituto teatrale*. Algunos fragmentos de estas composiciones de la juventud han sido utilizados por el autor en sus partituras de *Nabucco* y de *I Lombardi*.

ARTURO POUGIN.

(Continuará.)

## ESTUDIOS DE LITERATURA CONTEMPORÁNEA.

PEREZ GALDÓS.

(Conclusion.)

*Gloria* y *Marianela* son las obras que últimamente ha dado á luz el Sr. Perez Galdós. Realzada *Marianela* por mil bellezas descriptivas, abunda acaso en lirismo más que las restantes producciones de su autor. Si no temiésemos la nota de minuciosos y reparones por demás, diríamos que no parece verosímil que á un mancebo ciego, pero de apasionado temperamento, se dé por lazarillo una muchacha de 16 años, porque los peligros y contingencias de tal arbitrio saltan á los ojos. El personaje del doctor que llega oportunamente á dar vista al ciego cuando más la ha menester, carece de novedad; y si el carácter de *Marianela*, explicado por numerosas circunstancias y antecedentes, es original y mueve á interés vivísimo, no autoriza el pensamiento que domina en el libro, á saber, que la sociedad es cruel y madrastra, y que una planta de organizacion tan sensible, quebradiza y exquisita como *Marianela*, nace con derecho á ser puesta en estufa. Pluguiera á Dios que los escasos seres del temple de alma de *Marianela* pudiesen no hallar sino ternura en su camino: mas el Sr. Galdós no ignora que la sociedad marcha forzosamente sin cuidarse de lo que deja atrás, y que pretender otra cosa equivaldria á figurarse que la lluvia no ha de mojar al desvalido, ó que el arado ha de respetar las florecillas silvestres al abrir el surco... De todas suertes, *Marianela* cautiva con su miseria y abandono, hasta eclipsar la belleza de *Florentina*, su bienhechora y rival.

*Marianela* es realmente para Galdós género aparte, puesto que ni de política ni de historia trata; es un drama psicológico, una narracion de sentimiento. No así *Gloria*, en que se agita la cuestion religiosa y la política con ella estrechamente enlazada. *Gloria*, niña de viva y despierta imaginacion, educada entre un padre docto y cristiano y un tio obispo que vierte caridad y celo, abandona casi la fé de sus mayores por amar á un extranjero, á quien un naufragio arrojó á la costa del pueblecillo en que ella habita. *Gloria* ignora cuáles puedan ser las creencias de Daniel Morton, pero sabe que son distintas de las suyas, y las cavilaciones en que la sume la

idea de que Morton no ha de salvarse, empiezan á llevarla á la duda y al cabo á la heterodoxia. Ciertamente que este efecto de la pasión, con ser tan grande y tremendo, no es imposible: por lo cual hay verdad dramática y desgarradora en el personaje de la infeliz doncella. El que está muy fuera de lo real es Daniel Morton. Daniel es judío: y mientras el Sr. Galdós nos hace ver cómo la luz de la fé cristiana vacila y se extingue en el alma de Gloria, su amante se presenta creyente firmísimo en la religion de su raza. Si Morton es una anomalía, norabuena; pero si con él quiere el Sr. Galdós significar que la ley de Moisés conserva prestigio, vigor y crédito, mientras la de Jesucristo enflaquece y decae, permitanos que le roguemos que se informe minuciosamente del estado religioso de las agrupaciones israelitas en Alemania, Inglaterra, Austria, Rusia, Polonia, y verá lo que es bueno. Raza al fin dispersa y advenediza, aunque hoy su situacion social no se diferencia de la de cualquiera ciudadano, los judíos no han renunciado ya á su culto y ley, porque la colectividad, como el individuo, repugna la muerte y la disgregacion, y el lazo religioso es el vínculo que les impide disolverse, fundirse, perderse en el seno de la Nacion que les sirve de asilo. Pero si el indiferentismo cunde de tal suerte entre los católicos, cuya religion declaran hermosa, superior y perfecta aun sus enemigos, ¿libraránse de él los israelitas esperando pacientes la era mesiánica?

No podemos ménos de censurar al mismo tiempo que el tipo de Morton, el del pretendiente desairado de Gloria, jóven neocatólico, orador político y periodista. Este mancebo, á quien Galdós concede discrecion, talento, y un puesto adquirido en sociedad por sus dotes no comunes, tal como un papanatas en el vulgar renuncio de decir, á punto en que pueden escucharle, que todas sus campañas por la fé se reducen á farsa pura, que en el fondo es tan descreido como el que más y que solo el ansia de medrar le guiaba. ¡Peregrina confession en boca de un hombre hábil! Siempre han existido hipócritas: pero cuando Tartuffe vende su secreto y se arranca la máscara, es que anhela arrastrar al vicio á la dama por quien está perdido de amores, y así cree rendirla más facilmente á su mal deseo: no que el hipócrita de Gloria se delata sin necesidad ni motivo, en conversacion apacible con un sacerdote. Es fuerza convenir en que el supues-

to truhan se pasa de cándido y precisa escuela.

En resolucion, y á fin de ir terminando este artículo, que salió largo porque el asunto lo demandaba, diremos una vez más que el Sr. Galdós es novelista de primer orden, y que solo el empeño sistemático de hacer política, ó quizá la flaqueza de lisonjear el gusto del público, afea con lunares y manchas sus magníficas producciones. No discutiremos y analizaremos las ideas del Sr. Galdós, que ni la sazón ni el lugar lo consienten; amen de que ninguna de las obras de tan insigne novelista encierra declaraciones explícitas de principios, limitándose á un progresismo vago, rafagueado de matices escépticos. Mas el señor Galdós, que á fuer de espíritu moderno afirma poco, niega en cambio mucho: no tiene escudo, pero tiene espada: no se defiende, pero ataca con maña y brio: sus novelas, que no nos ofrecen siquiera bosquejo del rostro de la España futura, son picota ignominiosa de la pasada España. Esto sentimos, esto reprobamos: no en verdad porque se nos figure que todo nuestro ayer fué perfecto y puro y limpio de manchas; no porque creamos hallarnos libres de pecado, sino porque, sabiendo que ninguna Nacion del mundo puede arrojarnos la primera piedra, conociendo que la síntesis del periodo descrito por el Sr. Galdós es, á pesar de todo, un poema eterno de gloria, nos duele que no escriba este poema quien, como el Sr. Galdós, posee dotes para ello.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## TUS OJOS.

Tus ojos miro, y en su luz divina,  
Presa de pura adoracion, me abraso;  
Que con vivo fulgor que me fascina,  
Destellan en tu cara peregrina  
Como soles eternos sin ocaso.

Cuando me envuelves en su dulce fuego  
En gratas horas de serena calma,  
Al leve son de tu amoroso ruego  
Forjo entrever, enamorado y ciego,  
En su esplendor los senos de tu alma.

El supremo ideal de mi ventura  
Está en su fondo luminoso escrito,  
Y entre los rayos de su llama pura,  
Un cielo se vislumbra de hermosura,  
Y un mundo de misterios infinito.

Antorcha de belleza y de poesia,  
Bálsamo celestial de mis enojos,  
Iris de mi esperanza y mi alegría,  
Yo moriré bebiendo, vida mia,  
La hermosa luz de tus divinos ojos!

P. LANGLE.

## MISCELÁNEA.

La Sociedad protectora de las plantas y animales debe estar satisfecha de sus trabajos para la Exposición de flores, plantas y aves verificada en los Jardines del Buen Retiro, pues merced á su actividad se han expuesto muchas instalaciones que han merecido elogios del numeroso público que ha visitado la Exposición, la cual ha superado á la del año anterior y por lo que felicitamos á la Comisión encargada y á la Sociedad.

\* \*

La compañía italiana que actúa en el teatro de la Comedia continúa llamando extraordinariamente la atención con cuantas obras ponen en escena, por la esmerada ejecución de todos los artistas, y especialmente de la Sra. Marini y el Sr. Cereza, los cuales, y especialmente en la comedia *Pamela*, han conseguido llegar á la completa perfección del arte.

—En el bonito teatro de la Alhambra, que tan favorecido se halla esta temporada por las simpatías del público á la compañía que en él actúa, se han estrenado, una comedia de los Sres. Moreno Gil y Cavestany, que fué aplaudida, y un sainete de D. Ricardo de la Vega titulado *La canción de la Lola*, que ha obtenido gran éxito por la gracia con que está escrito y por los tipos tan bien dibujados que presenta, y en los cuales hacen las delicias del público las Sras. Tubau y Valverde y los Sres. Rosell, Romea y Viñas, á quienes el público aplaude ruidosamente haciéndoles repetir varias canciones.

—El afortunado Circo de Price siempre lo mismo. Todas las noches se ve favorecido de numeroso público aficionado á este espectáculo, en el cual presenta novedades continuamente su inteligente y activo director Sr. Parish.

—De la compañía que actúa en el teatro del Príncipe Alfonso nada bueno podemos decir, pues ni por las zarzuelas de repertorio, ya muy conocidas, y cuyo desempeño dista de ser bueno en conjunto, ni por el único baile que ha presentado, y que se ha visto todos los años anteriores, consigue llamar la atención del público, aunque para ello presentó, en unas cuantas funciones, la novedad del Sr. Benedetti.

\* \*

EL ANCLA DE COLON.—Se ha descubierto recientemente, según dice un periódico de la Martinica, una curiosa reliquia de una de las expediciones que al mando de Cristóbal Colon navegaron por los mares de las Antillas. El 4 de Agosto de 1498, se hallaba anclada en el extremo meridional de la isla de Trinidad, que hoy pertenece á los ingleses, una escuadrilla compuesta de tres carabelas al mando de dicho almirante. Refiere Washington Irving, en su historia de la *Vida y viajes de Colon*, que tarde de la noche observó éste una ola altísima que se acercaba de repente hácia la costa por el Sur. Pronto el barco que montaba quedó suspendido en lo alto de la cresta

de la ola, y temió, con fundamento, que ó bien sería sumergido, ó bien lanzado contra la costa, al paso que se partió el cable de uno de los otros por la tirantez del oleaje.

Diéronse por perdidas las tripulaciones de las carabelas, aunque tras breve tiempo la ola (que se supone debía de ser producida por una tremenda avenida momentánea de los caudalosos rios que del continente vecino vierten sus aguas en el golfo Triste ó de Pária) se retiró. El repentino levantamiento de que aquí se habla, lo menciona Fernando, el hijo de Colon, quien añade lo de la pérdida de un ancla. Y tal es la que ahora se ha encontrado. Cosa extraña; la desenterraron de seis piés de profundidad bajo la superficie del terreno firme, en un sitio 372 piés distantes del punto más cerca de la línea de la costa. Es cosa sabida que la tierra se adelanta al mar á lo largo de las costas de Venezuela, de manera que allí donde los barcos anclaban en otro tiempo está ahora plantada de hortalizas. El ancla en sí es de hechura sencilla y comparativamente ruda, cuyo cepo mide ocho piés de largo; es redondo, y tiene al extremo el arganeo de un pié de diámetro para atar el cable y uñas de cinco de largo. Pesa 1.100 libras.

\* \*

NUEVO BARNIZ.—Hace pocos años se descubrió en Natal, al Mediodía del Africa, que no se oxidaban los cuchillos ó hachas empleados en cortar las plantas pertenecientes al orden de las euforbáceas. Esto indujo á nuevos experimentos, con la mira de utilizar la goma en la conservación de los instrumentos de corte y de los metales. En efecto; planchas de hierro bañadas con la goma de dichas plantas se sumergieron en las aguas del Sur de Africa, que se dice son proverbiales por su impureza y la rapidez con que crece la vegetación. La eufobia de Natal se cria inmediato á la costa; de manera que hubo amplia oportunidad para probar su eficacia como protectora del hierro, de la oxidación y de las algas marinas.

Como resultasen del todo buenos los experimentos, se trató entonces de darle un uso práctico al descubrimiento. A este fin se disolvió la goma en una preparación de alcohol, hallándose que ésta era un medio expeditivo de aplicar la goma como baño á los fondos de los buques y para las obras de hierro que requerían semejante protección, pues evaporado el espíritu quedaba adherida la goma á la superficie exterior del metal. Metióse en las aguas del arsenal de Chatham, donde se dice que cualquier cosa que se sumerge no tarda en cubrirse de algas y broma, una plancha de hierro bañada con dicha preparación. Sacóse al cabo de dos años, y vióse que estaba tan limpia y libre de excrecencias y oxidación como el primer día que se echó al agua. También se ha ensayado en Africa esa composición para impedir los destrozos en la madera de las hormigas blancas. Estos felices resultados han traído la aplicación á muchos propósitos prácticos de la tal goma, que ha empezado á importarse en Inglaterra.

## BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

- Album de mis secretos.**—Poesías de Arcadio Rodríguez García, con un prólogo de D. Luis Vidart.—Madrid, 1880.—Precio, 2 pesetas en Madrid, 2,50 en provincias y 5 en Ultramar.
- Anuario del industrial, del fabricante y del inventor.**—Compendio de utilidad á los propietarios, arquitectos y constructores.—Publicado por el Centro industrial mecánico, calle de Don Martín, 7 (barrio de Argüelles).—Madrid.—Precio, 5 pesetas.
- Aritmética para los alumnos de instrucción primaria,** por D. Carlos Botello del Castillo.—Madrid, 1880.—Este libro se vende al precio de una peseta en casa del autor, Badajoz, calle de la Soledad, 11.
- Cabos sueltos,** por D. Luis Clot.—Puigcerdá, 1819.—Precio, 4 rs.
- Crónica de los Reyes Francos,** por Gotmaro II, Obispo de Gerona, publicada y precedida de un estudio histórico, por D. Francisco Fernández y González, individuo de número de la Academia de la Historia.—Madrid, 1880.
- Efemérides taurinas,** recopilación por meses y días de los acontecimientos más notables ocurridos desde que se conoce la lidia de las reses hasta nuestros días, por Leopoldo Vázquez y Rodríguez.—Madrid, 1880.—Precio, 4 rs. ejemplar.
- Huérfanos (Los),** novela sociológica, original de Ubaldo R. Quiñones.—Madrid, 1880.
- Juego de la guerra (El),** por D. Juan de Bercerril, teniente de artillería. Un folleto.—Ciudad-Rodrigo, 1880, imprenta de Ángel Cuadrado.
- Lactancia paterna (y ginecomastía).** Comunicación dirigida á la Sociedad ginecológica española y leída en la sesión del 18 de Marzo de 1880 por el socio doctor D. Ángel Pulido y Fernández.—Madrid, 1880, imprenta y librería de Moya y Plaza.—Un cuaderno en 4.º de 80 páginas.
- Este trabajo, que ha entusiasmado á cuantos profesores lo han leído, ha de llamar la atención, no solo por lo inesperado y nuevo del asunto, sino también porque es el primer cuerpo de doctrina que se presenta sobre el particular, y contiene conclusiones y problemas completamente nuevos en el campo de la ciencia.
- Libro de la naturaleza (El).** Mineralogía, geognosia y geología, por Federico Schoedler, traducido con autorización por el doctor D. Antonio Machado y Nuñez, catedrático de la Universidad de Sevilla.—Un tomo en 4.º menor de 304 páginas, con 163 grabados.—Sevilla, 1880, *Biblioteca científico-literaria*.—En Madrid se vende en la librería de V. Suárez, Jacometrezo, 72.
- Penumbas.** Colección de poesías por la señorita Doña Filomena Dato Muruais, dedicadas á S. M. la Reina.—Un tomo.—Madrid, 1880.—Precio, 4 rs.
- Pobres páginas (bocetos literarios),** por Bernardino Martín Minguez.—Valladolid, 1880. Precio, 4 rs.
- Problemas y ejercicios del cálculo algebraico,** parte originales y parte escogidos de los principales autores que tratan en la materia, por D. Antonio Terry y Rivas. Dos tomos.—Madrid, 1880.
- Prolegómenos de historia universal,** por el doctor D. Francisco José Barnés y Tomás.—Sevilla, 1880.
- Repertorio alfabético ó Diccionario de Jurisprudencia en materia criminal,** formado por la redacción de la *Revista de los Tribunales*.—De 1877 á 1880.—Esta obra consta de dos tomos y se vende en las principales librerías al precio de 80 rs. en Madrid, 90 en provincias y 100 en Ultramar y extranjero.
- Sobre el terreno.**—Bocetos y perfiles de la vida de campaña, trazados á pluma por Don Emilio Prieto y Villareal.—Madrid, 1880.—Precio, una peseta en Madrid, y 1,25 en provincias.
- Tipos y bocetos de la emigración asturiana,** tomados del natural por E. González Velasco.—Un cuaderno en 4.º de XX y 132 páginas.—Madrid, 1880, imprenta de la *Revista de Legislación*.
- Tres amigas,** novela original por la señorita doña Julia de Asensi, precedida de un prólogo de D. Luis Alfonso.—Madrid, 1880.—Precio, una peseta.
- Tratado elemental de fisiología general,** por D. Balbino Quesada, precedido de un prólogo del Excmo. Sr. D. Rafael Martínez y Molina.—Madrid, 1880.—Precio en Madrid 16 reales y en provincias 18.
- Últimas reformas de legislación hipotecaria.** Colección de leyes, decretos, reales órdenes, etc., de carácter general que reforman, completan y adicionan la ley hipotecaria vigente y su reglamento general, citando lo derogado; anotada con observaciones y la jurisprudencia de la Dirección de los registros, por D. Mariano Blanco Trigueros.—Un cuaderno en 4.º de 194 páginas.—Madrid, 1880, imprenta de la *Revista de Legislación*.—Precio, 10 rs.
- Vettonia (La .—** Conferencias dadas sobre esta región en la Sociedad geográfica de Madrid por el individuo de la misma, presbítero exclaustro, D. Joaquín Rodríguez.—Madrid, 1880.—Se halla de venta en la imprenta de Fortanet, calle de la Libertad, núm. 29, y en las principales librerías, al precio de 10 rs.

## LIBRERIA DE V. SUAREZ, JACOMETREZO, 72, MADRID.

(Continuacion.)

Los precios indicados en primer término son para Madrid; los en segundo para provincias, porte franco.

- Conferencias** de la Institucion libre de enseñanza.
- Teorías modernas sobre las funciones cerebrales, por D. Luis Simarro.
- La moderna literatura polaca y J. I. Krasserwsky, por D. José Leonard. Con estas Conferencias se completa el tomo del curso de 1878.—Todas 26 y 30 rs.
- Conquistas** del progreso (Las). Exposicion de los más notables inventos. Obra escrita en presencia de los últimos datos estadísticos y otras curiosas noticias, por D. Juan Botella Carbonell, con un prólogo de D. F. Garrido; un tomo, 8.º mayor, 8 y 10 rs.
- Consejos** piadosos para practicar la virtud en medio del mundo. Obra escrita en italiano, revisada y corregida en su traduccion francesa por M. Contier, canónigo y arcipreste de Ntra. Sra. de París, y traducida de esta última por D. J. M. A.; un tomo, 12.º, 4 y 5 rs.
- Consideraciones** sobre la influencia de los jesuitas en América; carta al jefe del Archivo nacional, por D. Francisco J. Bravo; 2 rs.
- Consultor** (El), ó sea procesos militares figurados, con todos sus trámites para inteligencia de todas las clases militares, por D. Luciano Sanchez Gil y Lago, capitán de infantería: tercera edicion. Valencia, 1873; un tomo, 8.º, de 1.000 páginas, 28 rs.
- Constitucion** inglesa (La) y la política del continente, por Gumersindo de Azcárate, presidente de la seccion de Ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid, vicepresidente primero de la Academia de Legislacion y Jurisprudencia, profesor de la Institucion libre de enseñanza; un tomo, 8.º, 12 y 14 rs.
- Contratacion** sobre efectos públicos de los corredores de comercio y de los agentes de Bolsa, por el doctor D. Francisco Lastres, abogado, profesor de Derecho y catedrático del Ateneo de Madrid; un tomo, 8.º mayor; 16 y 18 rs.
- Contratos** y sucesiones hereditarias (Pronuario de), por D. Eugenio de Tapia; 2 tomos, 8.º, 28 y 30 rs.
- Contribucion** (La ciencia de la), por D. Luis María Pastor, ex Ministro de Hacienda, con un discurso preliminar de D. Buenaventura Carlos Aribau; un tomo, 4.º, pasta, 44 rs.
- Copa** (La). Cuentos de Hadas, por Jorge Sand, 2 y 3 rs.
- Copilacion** general (Novísima) de las disposiciones vigentes sobre el enjuiciamiento criminal, mandada observar por Real decreto de 16 de Octubre de 1879, con notas concordantes y referencias; un tomo, 6 y 7 rs.
- Coplas** y quejas, por D. José Puig Perez; 3 rs.
- Corona** fúnebre dedicada á la buena memoria de S. M. la Reina doña María de las Mercedes (Q. D. D. G.) por el periódico ilustrado *La Academia*, Madrid, 1878; segunda edicion; un tomo, 8.º, de lujo, 8 rs.
- Credo** de una religion nueva (El). Bases de un proyecto de reforma social en todas las manifestaciones de la vida, en la religion, en la familia, en la propiedad, en la política, en las instituciones administrativas y en la educacion, por Serafin Alvarez; un tomo, 8.º, 10 rs.
- Crimen** y la locura (El), por H. Mandhley, profesor de medicina legal, traducido por R. Ibañez Abellan, y con un prólogo del doctor D. Santiago Gonzalez Encinas; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.
- Cristianismo** y socialismo ó el remedio al mal social por la caridad cristiana. Obra del Rdo. P. Félix, traduccion de D. José María Carulla; un tomo, 8.º, 10 y 12 rs.
- Cristiano** instruido en la naturaleza y en el uso de las indulgencias (El). Obra escrita en francés por el P. A. Maurel, traducida al castellano por D. J. Torá; un tomo, 8.º mayor, 10 rs.
- Cristo** y la civilizacion. Lecciones pronunciadas en el Ateneo científico y literario de Madrid, por D. Federico Torralba, precedidas de un juicio crítico de M. Anselmo Du Boys, misionero francés, 6 rs.
- Cristóbal Colon**. Novela por Fenimore Cooper. Edicion ilustrada con grabados en el texto; un tomo, 4.º mayor, á dos columnas, 10 rs.
- Criterio** legal (El) en los delitos políticos, por D. Manuel de Rivera Delgado, abogado del ilustre colegio de Madrid, etc.; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.
- Criterio** médico-psicológico para el diagnóstico diferencial de la pasion y la locura, por el Dr. D. Pedro Mata; 2 tomos, 4.º, 50 rs.
- Cruz** (La) y la golondrina. Novela original, por D. Manuel Ibo Alfaro; un tomo, 8.º, 4 rs.
- Cuatro** Navidades (Las). Poesias dedicadas al Excmo. Sr. Marqués de Molins como aguinaldo, por los principales poetas españoles, como son: Breton de los Herreros, Ventura de la Vega, Martinez de la Rosa, Amador de los Rios, Gil de Zárate, Hartzembusch, Duque de Rivas, etc., etc.; un tomo en 4.º lujosamente impreso con tres magnificas láminas, que representan varios geroglíficos; 24 rs.
- Cuentos** escogidos de Andersen, ilustrados con grabados, de D. R. Fernandez Cuesta; un tomo, 8.º mayor, 12 y 14 rs.
- Cuentos** íntimos, por D. Fernando Martinez Pedrosa. El autor de *La paloma torcaz* ha logrado reunir en este libro una coleccion de cuentos originales, agradables, morales é instructivos, escritos con sencillez y elegancia, que forman un precioso tomo, 8.º mayor; 14 y 16 rs.

(Se continuará.)